

# REVISTA CASTELLANA

LITERATURA ■ HISTORIA ■ CIENCIAS ■ ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 y 6.—VALLADOLID

NUEVOS DATOS PARA LA HISTORIA DE LA HERRAJERÍA

## Las Rejas Leonesas

El uso del hierro es antiquísimo. Masperó, célebre orientalista, afirma que los egipcios emplearon este metal para hacer los instrumentos con que labraban las piedras de sus edificios y que, en el año de 1700 antes de Jesucristo, un oficial de Tautmés III llevó desde la Siria a su país, como objetos preciosos, unos platos hondos de hierro, con asideros de plata; Víctor Place en las excavaciones que realizó en Khorsabad, cerca de Nínive, descubrió en el palacio del rey Sargón multitud de utensilios y lingotes del mencionado metal; los griegos también lo conocieron y emplearon, asegurando el historiador Herodoto que existía en la Arcadia, entre otras fraguas, la famosísima de Tejea, y, por último, sabido es que los romanos y los primitivos habitantes de España sirviéronse de él para la construcción de sus armas.

En el Museo Arqueológico Nacional pueden verse no pocos hierros de lanza, espadas y flechas, y rejas de arado, hoces, azadones y otros aperos de labranza de los Iberos, Celtas y Celtíberos.

También se conservan en nuestra ciudad algunos curiosísimos ejemplares de armas y utensilios de hierro que pertenecieron a sus más antiguos moradores. De la interesante y valiosa colección de objetos prehistóricos de Lancia que perteneció al docto leonés don Elías Gago Rabanal, y, a su fallecimiento, fué donada generosamente, por sus virtuosas hermanas, a la Comisión de Monumentos de aquella provincia, forman parte cuatro objetos del mencionado metal: un venablo o punta de lanza, un clavo, una podadera y un instrumento agrícola formado por una rama corta, de siete centímetros de longitud, trabajada a manera de hacha, y otra larga que hace oficio de azada y se prolonga, con delgado cuello, hasta terminar en un ensanchamiento o pala de siete centímetros.

Pero en la Edad Media fué cuando la Herrería ascendió a verdadero arte con la aparición de las rejas, destinadas a cerrar los intercolumnios o puertas de los edificios civiles y las ventanas de los templos y de las casas particulares.

Los artistas bizantinos y sus imitadores los de Occidente, en un

principio, hicieron las rejas de bronce y cobre fundido y aun de plata; mas como las de dichas materias resultaban muy costosas y eran muy frágiles y de poca duración, los cerrajeros de Europa no tardaron en construirlas de hierro.

De hierro forjado son casi todas las rejas de la Edad Media que se conservan en España, remontándose las más antiguas a los siglos XI y XII. A esta época pertenecen, entre otras, las de las iglesias de San Vicente de Avila, Santa Ana de Barcelona, las hermosísimas, del XII, que cierran las dos ventanas laterales a la puerta de la fachada principal de Nuestra Señora del Mercado de León, y la que, del mismo siglo, apareció, no hace mucho tiempo, en el brazo del mediodía del crucero de la Real Colegiata de San Isidoro, en aquella última ciudad, y que ha servido de modelo para forjar, bajo la inteligente dirección de su Arquitecto-restaurador, don Juan Crisóstomo Torbado, las que actualmente, y para sustituir las románicas que desaparecieron no sabemos cuándo ni por qué motivos, admiramos en las ventanas del mencionado templo.

Las indicadas rejas de León se componen de varios marcos o basidores de barras de hierro trabados fuertemente entre sí, estando cubiertos los vanos que hay entre ellos con gruesas cintas del mismo metal, en forma de ensortijados o volutas que se entrelazan con abrazaderas.

Durante el período ojival las cintas ofrecieron combinaciones y ensortijados más variados y la reja terminaba en hojas estampadas sobre un cuño de acero.

En el siglo XV el arte de la rejería alcanzó en España una importancia artística que no tuvo en ninguna otra nación de Europa, y los maestros rejeros comenzaron a firmar sus obras.

Las rejas pertenecientes a dicha centuria toman un carácter más arquitectónico y se componen de numerosos barrotes verticales; están cortadas a regular altura y coronadas de pináculos, florones, frondas y otros adornos propios de la época.

Del siglo XV son casi todas las de las capillas de la Catedral leonesa y las dos, eurítmicas, que comunican el presbiterio con la girola; obras notabilísimas de forja y repujado, de estilo gótico y de extraordinaria riqueza en sus dibujos y composición. Durante la época del barroquismo mutilaron los remates decorativos de todas estas rejas y los sustituyeron con aditamentos de madera, de los cuales han sido despojadas, en los últimos años del siglo XIX, por el Arquitecto don Juan Bautista Lázaro, quien, aprovechando los fragmentos de las antiguas, restituyólas a su primitivo ser y estado.

Por las actas capitulares y los libros de Rentas y de Fábrica sabemos que en la catedral de León dejaron muestras de su habilidad artística los maestros Juan de Gordón, Juan Grande, Luis Alfonso y Juan y Alfonso de Villaobispo, que trabajaron desde el año 1455 al de 1480, y Bartolomé Bertrán que, además de consagrarse al repujado de rejas, se distinguió en el de 1540, por haber auxiliado al relojero que

vino de Palencia, construyendo una rueda con su volante y haciendo, en el de 1454, cuanto fué necesario para las vidrieras.

En el siglo XVI, el estilo del renacimiento también contribuyó no poco al grandioso desarrollo del arte de la rejería española con sus elegantes trazados arquitectónicos y sus exornaciones. Como verdaderos modelos de rejas platerescas citaré las de la Catedral de Toledo, las de San Vicente de Avila, la de la Capilla de los Anayas en la Catedral vieja de Salamanca, la de los Clérigos en la de Palencia, las de la Capilla del Condestable en la de Burgos, varias del claustro de la de Barcelona y, sobre todo, la que divide la nave de la Capilla de los Reyes Católicos en Granada, hecha de 1520 a 1530, pintada de colores en gran parte de su ornamentación y firmada en la cerradura por su autor el maestro Bartolomé.

Muy larga sería la enumeración de todos los artífices que engalanaron con obras de este género las Iglesias y Catedrales españolas. Me limitaré a citar los nombres de los famosos rejeros Fernando Prieto, Fr. Francisco de Salamanca, Juan de Llépes, Francisco de Villalpando, Domingo de Céspedes, Hernando de Arenas, Bugil, Hilario y Cristóbal de Andino.

Al siglo XVI pertenecen en la Catedral de León la reja del baptisterio y las dos del ábside o Capilla mayor que cierran los arcos de San Albito y San Pelayo y que, elegantes y severas en su traza y factura, son inferiores en mérito artístico a las dos presbiteriales del XV, ejecutadas, sin duda alguna, por el mismo rejero.

Aguijoneado por el deseo de averiguar el nombre de los autores de las expresadas obras, leí los libros de actas capitulares y no pocos de los documentos del siglo XVI que se conservan en el archivo de aquel templo, y, aunque no fué del todo satisfactorio el resultado de mi rebusca, la fortuna hubo de sorprenderme con el hallazgo de una larga escritura, fechada en 9 de Marzo de 1579, que contiene muy curiosas noticias de la reja de San Pelayo y que, unida a otros datos documentales de gran importancia para la historia del arte leonés, ha de publicarse en REVISTA CASTELLANA, si así lo dispone su dignísimo y sabio Director don Narciso Alonso Cortés.

La referida escritura se otorgó en León, con aquella fecha, por Juan del Pozo, maestro de rejería y vecino de la villa de Bilbao, y el señor don Antonio de Obregón, canónigo y administrador de la fábrica de la Catedral, y ante Pedro de Villaverde, escribano público, uno de los ocho del número, por la Magestad del Rey, de aquella Santa Iglesia y ciudad episcopal, siendo testigos Baltasar Gutiérrez, arquitecto; Juan Ramos Gómez, procurador; Fernando Ramirez, sastre; Fernando Vega y Juan de Lorenzana.

El maestro Juan del Pozo, en virtud del mencionado documento, se comprometió a forjar y repujar, en sus talleres de la villa de Bilbao, una reja de hierro para el arco de San Pelayo, situado al lado de la epístola de la Capilla mayor, y las verjas, antepechos y balaustrería para uno de los balcones del coro, que estaba recientemente construido;

a reproducir, con exactitud, en la reja de San Pelayo, la del arco de San Albito, y a imitar en las obras que había de hacer para el balcón del coro, en sus líneas más generales y teniendo a la vista el dibujo que a dicho efecto hubo de entregarle el cabildo leonés, los antepechos, balaustres, barras, espigones, roblones y mazorcas del balcón del órgano grande, que se halla junto al de los ministriles. También se obligó el maestro Juan del Pozo, por su persona y bienes muebles y raíces, a terminar las mencionadas obras para el día de Santiago del año 1580, y, una vez pesadas, en este día, en Bilbao y en presencia de un canónigo, a llevarlas por su cuenta y riesgo, a la ciudad de León y, con el auxilio de sus oficiales, y los canteros, andamios, yeso y plomo facilitados por el administrador de la Iglesia de Santa María de Regla, proceder en seguida a colocarlas en sus respectivos lugares, dejándolo todo *afijado y asentado muy bien e sin daño del dicho arco y del dicho balcón.*

Los canónigos leoneses, el mismo día del otorgamiento de la escritura, entregaron a Juan del Pozo la cantidad de cien ducados en reales de plata, obligándose a pagarle, en el de San Juan del mes de Junio, la suma de cuatrocientos ducados y, a la terminación de las obras, setenta maravedíes por cada una de las libras que pesare la reja de San Pelayo y un real y cuartillo por cada una de las del balcón, entendiéndose bien que, no estando concluídas para el mes de Julio del año de 1580, aquél pagaría al canónigo encargado de fiscalizar el peso de las rejas, antepechos y balaustrería, el viaje de León a Bilbao y los gastos que hiciera en esta villa; seiscientos ducados a la Catedral y *todas las costas, daños, pérdidas, intereses e menoscabos que por ansí no lo cumplir se siguieren e pertenecieren a la dicha Iglesia e su fábrica e administradores.* Juan del Pozo presentó como fiadores suyos a Juan del Ribero, maestro de cantería, y a Martín Begoadeguerricariz, obligándose ambos, *por las dichas sus personas e todos sus bienes muebles e raíces, habidos e por haber so la dicha mancomunidad, de cumplir, pagar e mantener e haber por firme todo como dicho se es...*

Durante el siglo XVI no sólo trabajó en nuestra bella Catedral el rejero Juan del Pozo; en ella también dejaron señales de su talento artístico los maestros Donis, Pedro de Valderas, Luis Morones, Hernando de Cangas, Alonso Sánchez y Pedro Flamenco.

El nombre del maestro Donis, Dionis o Dionisio, que de todas estas maneras se le designa en los documentos de su época, suena en los libros de actas capitulares desde el 2 de Abril de 1516 hasta el 25 de Mayo de 1535. En aquella fecha, trabajaba en ciertas obras de reparación que se hacían en el reloj de la torre, y en 26 de Mayo de 1531 se dedicaba, cumpliendo el mandato del Cabildo, a la forja de los púlpitos destinados a la Iglesia Mayor. Consígnase este dato en el acuerdo capitular que, copiado íntegramente, dice así:

«En la dicha ciudad de León, a veynte y seis días del dicho mes de mayo del dicho año de mill y quinientos, y treynta y un años, estando

los dichos señores dean e cabildo de la dicha yglesia de León juntos en el dicho cabildo, siendo primiciero el dicho día, en el dicho cabildo, el reservado señor Juan Maestro, arcediano de Valderas e canónigo de la dicha yglesia, en presencia de mí Lope Castaño, canónigo e notario sobredicho, e de los testigos de yuso escritos, el señor don Andrés Pérez de Capillas, arcediano de Triacastella, se obligó, por su persona e bienes, de pagar todo lo que se hallase que avía recibido y recibiese hasta que se acabase la *obra que face de los púlpitos para la yglesia maestre Donis* y que si la yglesia perdiese alguna cosa por darle algunos dineros adelantados que los pagaría de su cassa, e otorgó instrumento de obligación en forma. Testigos los señores Diego de Valderas, Cristóbal Xuarez, canónigos de la dicha yglesia.»

La obra a que se refiere el acta que hemos copiado quedó incompleta y, andando el tiempo, fué continuada por Pedro Flamenco. Buena prueba de ello es el acuerdo capitular de 29 de Diciembre de 1585, en el que se manda pagar a este rejero cuanto se le debía por el púlpito, y el de 30 de Mayo de 1587, en el cual se da orden al administrador para que le abonen treinta y dos reales por una reja del mismo.

¿Se concluyeron los púlpitos en el siglo XVI o en siglos posteriores? Los documentos nada dicen acerca del particular, y aquéllos han desaparecido, sabe Dios cuando, de la Catedral de León.

Es, por último, curioso en extremo para la biografía de Dionis el siguiente acuerdo de 25 de Abril de 1555 que, hallado por don Juan López Castrillón, publicó don Demetrio de los Ríos y Serrano:

«Presente en el Cabildo de este día el Maestro Donís, Maestro de facer rejas, etc..., los señores se concertaron con él para que tomase a cargo de hacer la rexa de hierro del antecoro de la Iglesia conforme a una muestra que está debuxada en un pergamino de cuero, en poder del Maestro Dionis, mandándole los Señores que para principio y muestra haga un pilar de los principales y un balaustre de los pequeños y un pedazo de los frisos y cornija y alquitrare con otro pedazo de coronamiento, para que todo se haga igual y para tasar lo que se ha de dar por la dicha reja, aprovechándose la dicha muestra en obra, mandando darle para principiar cincuenta ducados, otorgándose instrumento de cómo el Maestro Dionis, como principal, y el Sr. D. Andrés Pérez de Capillas, Arcediano de Valderas, como fiador, habían de pagar a la Iglesia los cincuenta ducados susodichos <sup>1</sup>.

En los siglos XVII y XVIII decayó considerablemente la herrajería leonesa. Esta, a la vez que la vidriería artística, resucitóla en el XIX, con toda la pujanza de sus mejores días y con un acierto digno de los mayores elogios, el ilustre leonés don Juan Bautista Lázaro, enamorado ferviente de las gloriosas tradiciones de su pueblo y uno de los más famosos arquitectos de nuestra nación.

Apenas fué elevado, por sus propios méritos y sus grandes conocimientos de la Historia del Arte, al honroso y difícil cargo de Director

<sup>1</sup> La Catedral de León. Tomo II, pág. 211.



de las obras de la Catedral, pensó en restaurar, dentro de la misma ciudad de León, todas las de herrería de aquella Iglesia, desfiguradas y deterioradas en la época del barroquismo. El entusiasmo que hubo de sentir por tan feliz idea le hizo vencer los muchos inconvenientes que se oponían a la práctica de la misma, y, al fin, creó y organizó unos admirables talleres en los cuales, bajo su dirección, artífices leoneses forjaban, repujaban y cincelaban, con maestría sin igual, los coronamientos, remates, balaustres y columnillas de hierro que reclamaban las rejas de las capillas de la Catedral para ostentar de nuevo, íntegramente, la severidad y las bellezas que en los pasados siglos comunicáronlas sus autores.

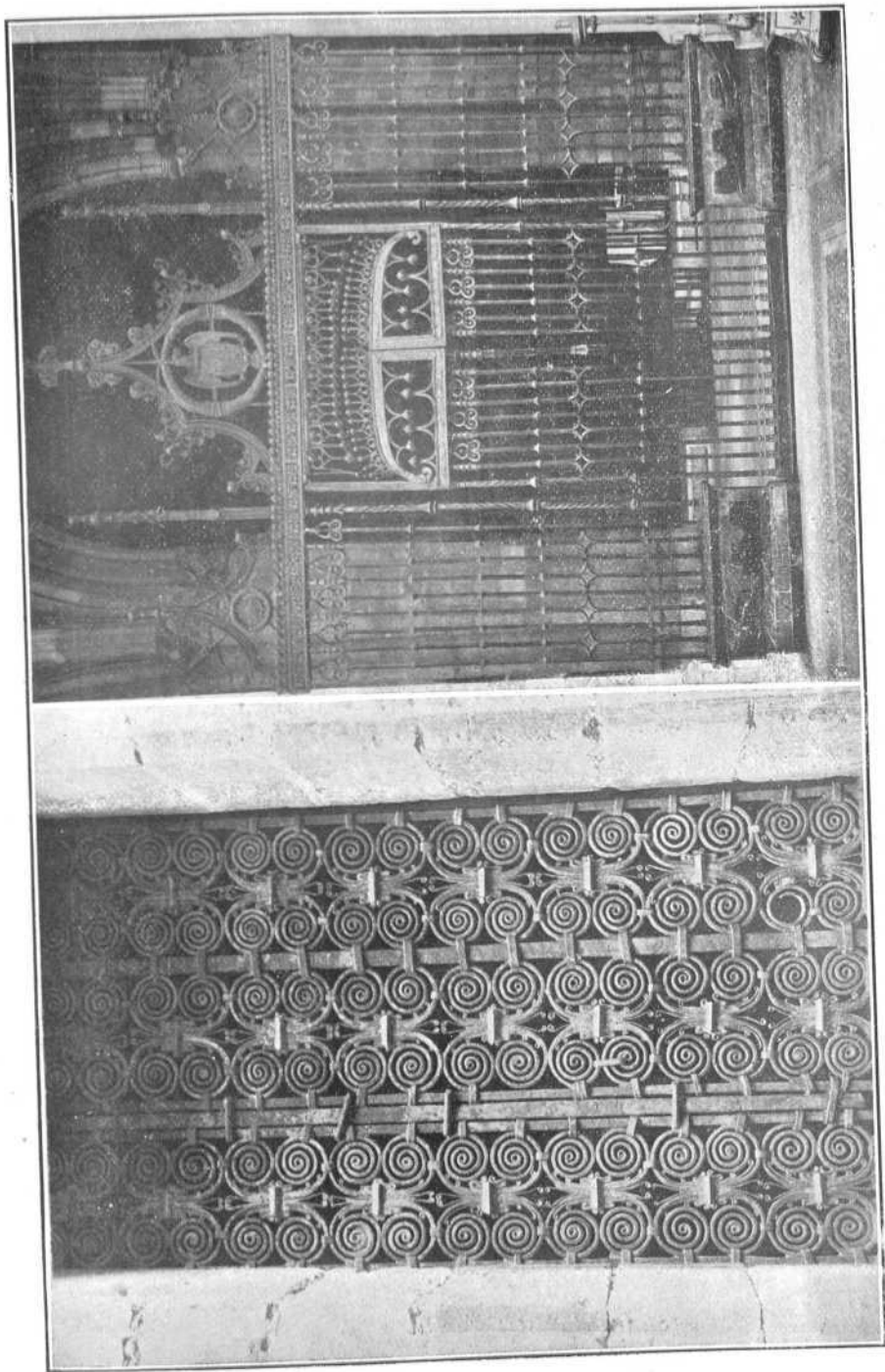
Y, ahora, el curioso lector puede fijar su atención, si le place, en una soberbia obra de rejería leonesa del siglo XIX, que, desarmada, se conserva en las oficinas del arquitecto diocesano y que, proyectada por don Juan Bautista Lázaro, forjó, en aquellos talleres, Toribio Magaz y repujó y cinceló Ricardo Arce. Es un hermosísimo y afligranado púlpito, de estilo gótico y en forma de cáliz que, por su fino y correcto dibujo y por los primores artísticos derrochados en su ejecución, recuerda las más preciadas joyas de nuestros antiguos orfebres.

León debe, en fin, desde hace pocos años, a la liberalidad del Excelentísimo Sr. Conde de Cerrajería la balaustrada o verja de bronce sobredorado que, a manera de elegante zócalo, protege las dos grandes y hermosas lunas de la puerta del renaciente trascoro de la Catedral y a través de las cuales se admira la nave mayor de ésta. La reja que nos ocupa—proyectada por el notable arquitecto don Manuel Cárdenas y repujada y cincelada en los talleres que en Madrid posee y dirige el P. Granda—se compone de dos airoas puertas que forman elegantes balaustres, que semejan por su forma astas de lanza o banderas, destacándose en el centro, y cuando se cierra la verja, una columnilla, más gruesa que los balaustres, con capitel y basa, y a los extremos otras dos columnillas semejantes a aquélla. Una linda y sencilla greca corre a lo largo del basamento marcando la divisoria de sus dos cuerpos.

«Del armónico y notable conjunto descuellan, por su prolija y esmerada labor, las tres elegantes columnillas y los primorosos balaustres. En la parte inferior llevan un precioso adorno de hojas de acanto y otras, cinceladas con gran primor; en la parte alta un adorno más sutil y ligero. En el centro resaltan con gran vigor, en cada una de las piezas, dos figuras de hombres atormentados, enlazados con cadenas. Las diversas actitudes de estas figuras, que son distintas, aunque forman un conjunto armónico; la expresión de los rostros, la riqueza de detalles de los torsos, los brazos y las piernas, todo habla con gran elocuencia del talento singular del artista y del esmero con que fué labrada la soberbia obra, hasta en sus más leves detalles 1».

La cornisa de la balaustrada tiene en su parte inferior un bello dibujo

1 León Roch: Una visita a León, pág. 52.



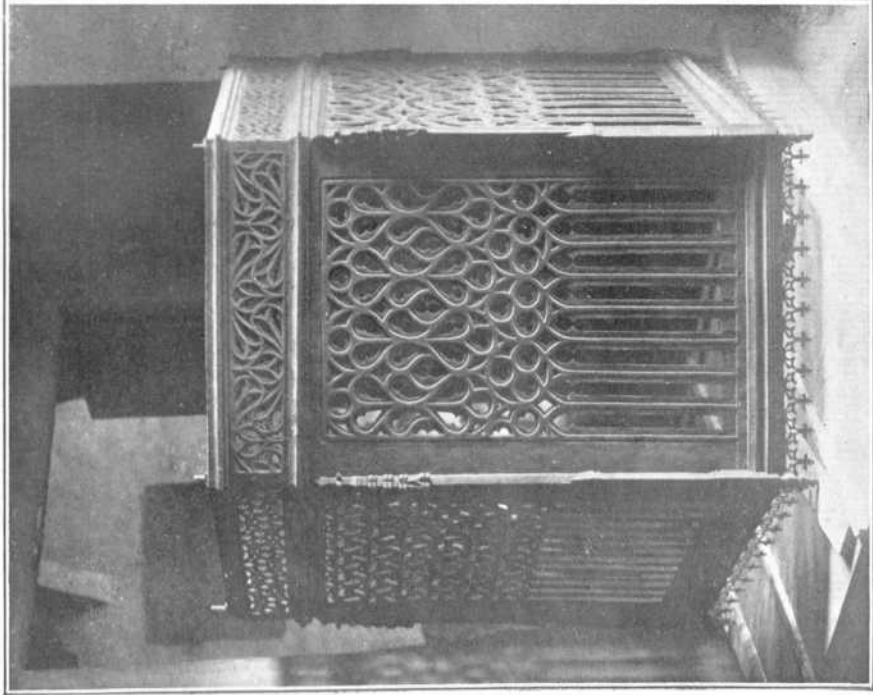
Reja del presbiterio de la Catedral de León  
(Siglo XV)

Fot. Wilnoctio

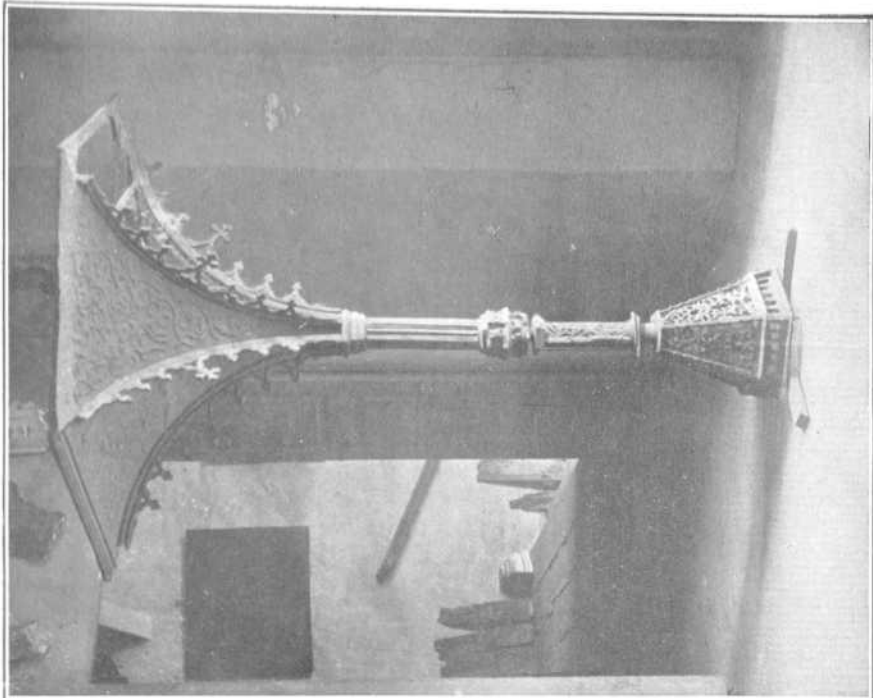
Reja de la iglesia de Nuestra Señora del Mercado  
de León. (Siglo XII)







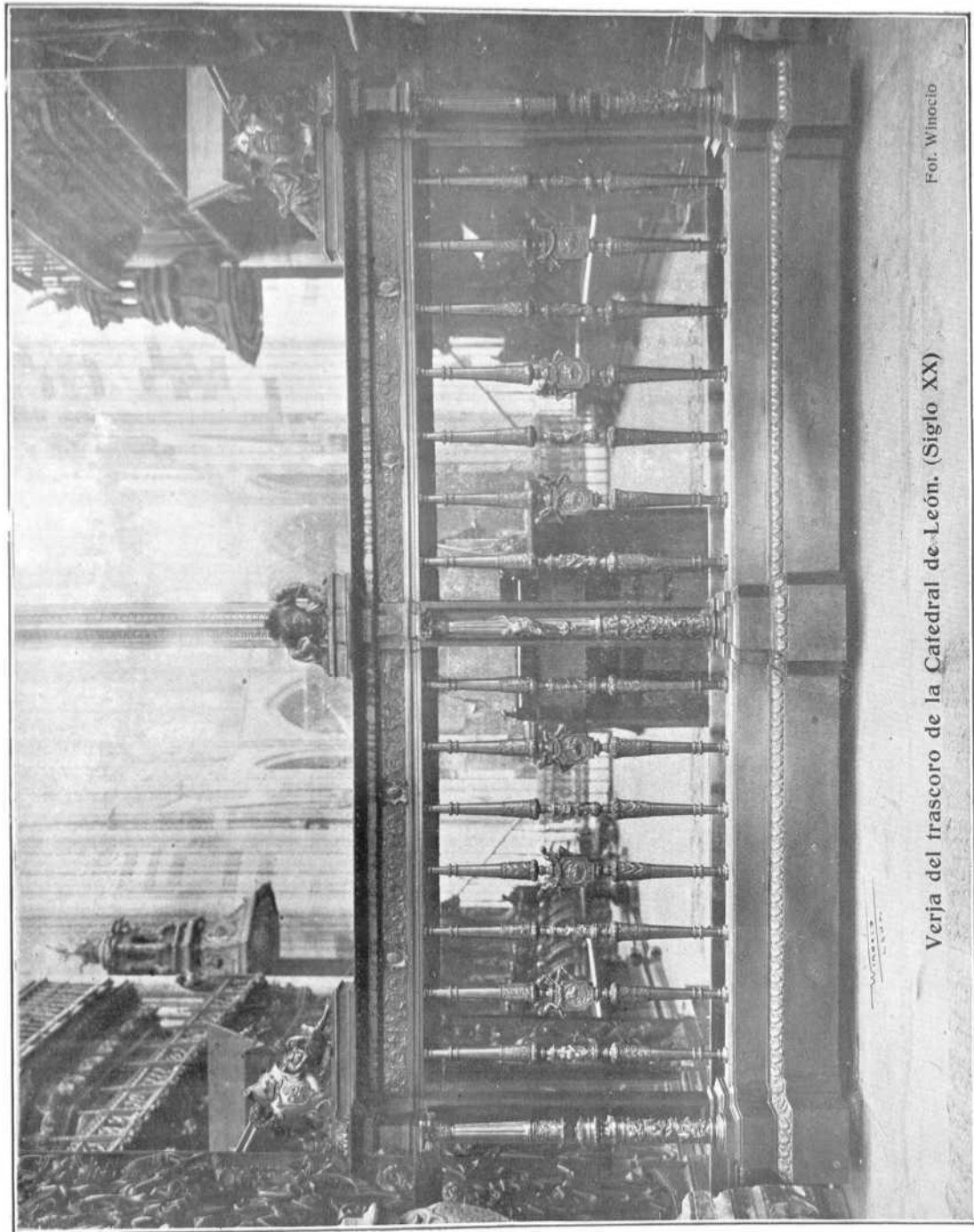
Parte superior o plataforma del púlpito  
de la Catedral de León. (Siglo XIX)



Pie del púlpito de la Catedral de León. (Siglo XIX)

Fots. Winocio





Verja del trascoro de la Catedral de León. (Siglo XX)

Fot. Winocío



de figuras, acantos y otras hojas, y en la superior resalta una inscripción tomada de los salmos e inspirada por el donante de la obra.

Sobre la cornisa hay colocados tres bellos grupos. En el centro aparecen el escudo de la Catedral, entre las figuras, admirablemente tratadas, del obispo San Froilán y del rey Ordoño II, y el escudo del actual prelado. A un extremo, el escudo de la ciudad de León, aprisionado entre las garras de un león, y que guarda San Marcelo, y al opuesto, el escudo del Conde de Cerrajería, protegido por otro león y con la figura de San Isidoro al lado.

ELOY DÍAZ-JIMENEZ Y MOLLEDA.

## ¡Levántate y anda!

“Fioriture,, sobre un tema de marcha triunfal

*¡Strig aufaus Deinem Grabe, alter hüne...!*

*(Richardt Schaukal, Bismarks Auferstehung)*

Alzate de la tumba, viejo huno, guerrero  
 de la espada de llamas y los ojos de acero;  
 álzate de la tumba, canciller, humorista,  
 que formaste con hombres tu comedia en la pista,  
 mientras, muerto de pasmo, embobábase el público;  
 prodigioso juglar que naciste repúblico,  
 y que al verte en la Tierra nada hallaste tan grato  
 como hacer un imperio para pasar el rato,  
 álzate de la tumba y orgulloso recrea  
 tu mirada en la augusta, planetaria pelea...

¿Ves los mágicos valles de Henao y las Ardenas,  
 rumorosos y rítmicos como vivas colmenas,  
 retorcerse entre llamas y exhalar negros humos?  
 La Champaña, nodriza de nectáricos zumos,  
 los pinedos del Vosgo, los breñales de Argona,  
 en la sombra se asfixian de tu férrea corona;  
 desde el Santo Desierto al Danubio y Masuria,  
 tu colback balancea sus perfiles de furia;  
 en los trágicos mares de Mälstrom y Nortumbre  
 de tu casco de reître reverbera la lumbre,  
 y en la China y Malasia, en Angola y el Congo,  
 se proyecta la copa terrible de tu hongo.

Alzate de la tumba, viejo huno, y atiende:  
 son los truenos que estallan en las dunas de Ostende;  
 es la mina que escupe, de epilépticas fauces,

el cortijo, la ermita, la ribera de sauces;  
 son los cien venenosos, numerados reptiles,  
 sanguijuelas del mar, salamandras sutiles,  
 del «Nautilus» de Verne terrorífico plagio,  
 difundiendo en los mares el horror del naufragio;  
 son las trombas humanas que se rompen rugientes  
 de los Cárpatos nívicos en las pinas vertientes;  
 es la lluvia de fuego, cuyos broncos petardos  
 hacen apocalipsis de los campos picardos,  
 de los bosques rutenos, de los riscos de Servia,  
 de la humilde Polonia, de la Prusia soberbia...  
 y arañando a los cielos como a simples cristales,  
 dejan mancas las cruces, cojas las catedrales;  
 son los rayos que abrasan, en Londres, Pisa, Amberes...  
 pobres lechos humildes de niños y mujeres...

Alzate de la tumba, viejo huno, y admira  
 ese horrible y divino terremoto de ira  
 que subvierte y machaca los contornos del globo;  
 ese «delirium tremens», calentura de lobo  
 que rabioso mordisca su erizada pelambre,  
 si barrunta de lejos la barrena del hambre;  
 ese vórtice negro, gemebundo, que absorbe  
 la belleza, el amor y la dicha del Orbe.

Alzate de la tumba, canciller, con orgullo:  
 ya está abierta la rosa de que fuiste capullo;  
 ese reino de hormigas que los campos escarba,  
 es el «Termes» poesco de quien fuiste la larva,  
 y esa nube de insectos que los cielos arruga  
 es la «Achoerontia anthropos» de quien fuiste la oruga.  
 ¿Quién pudiera apartarte del olímpico drama  
 que entre Odines y Thores por la Esfera se trama?  
 Son los tuyos, Bismarck, son tus hijos audaces,  
 que de todas las mieses hacer quieren sus haces,  
 pues que son por derecho divinal, absoluto,  
 los únicos señores de la renta y del fruto.

¡Triste grey de los hombres, neurasténica y sandia!  
 ¿Nunca has visto la cólera divina de Teutlandia?...  
 Nubarrones tremendos, preñados de tormentas,  
 dan al aire sus panzas rotundas, macilentas,  
 donde bullen hirvientes las camadas de truenos;  
 los clarines prorrumpen en frenéticos trenos,  
 y, las picas en ristre, tremolantes las hachas,  
 desgrefiadas, desnudas, aulladoras, borrachas...



cabalgando en corceles desbocados, rebotan  
sobre cumbres y abismos las Walkyrias de Wotan.

Bajo el ímpetu y furia del choque y la pelea,  
en su eclíptica el globo vacila y cabecea...

Alzate pues, Bismarck, del nicho y tiende el puño:  
los rayos, a tu voz, grabarán nuestro cuño  
en los cráneos rebeldes y en las tierras feraces.  
Alzate pues, Bismarck; ya es hora; vamos ¿qué haces?

El robusto esqueleto de Bismarck, sacó fuera  
digna y pausadamente la monda calavera,  
con sus zarpas de hueso destapando la losa,  
y repuso, con voz afable y cavernosa:

—Tú, quien quiera que seas, buen amigo importuno,  
que turbando mi sueño de paz, me llamas huno,  
esas sublimidades con que a voces me invocas,  
son sermón en desierto, son semilla en las rocas.  
No te canses... poeta; lo divino y lo humano,  
todo es uno y lo mismo: todo es vano y bien vano.  
Tiene el hombre un fantasma que ensangrienta la historia,  
inmortal, implacable, y es su buena memoria:  
cuando surge en los tiempos Napoleón o Anfbal,  
es que el hombre se acuerda de que ha sido canfbal;  
a través de culturas y de siglos, los hombres  
no son más que gorilas que se pagan de nombres.

Ya jugué mi partida: la gané: estoy ahito;  
deja, pues, de tomarme de tu canto por hito,  
que en las bromas de hoy día yo me lavo las manos.  
Permíteme dormir en paz con mis gusanos.

Y callóse; compuso la raída mortaja;  
sacudió rudamente boca abajo la caja,  
el polvillo vertiendo que dejaran sus carnes,  
y con ánimo libre de Vístulas y Marnes,  
se tumbó santamente rezungando:—¡Otro talla!...

...Y veíase en torno llamear la batalla.

ALFREDO NISTAL

# A mi mal tajada péñola

## CRÓNICA

Ingrata de las ingratas, a ti me dirijo con el mejor emisario de que dispongo: la sinceridad. Hice profesión de fe romántica cuando apenas me sombreaba el labio superior, y de cuantas líricas expansiones fuiste alada mensajera en aquellas noches de luna azul y estrellas diamantinas, de rejas enjardinadas y bocas embriagantes e insensibles. ¿Eras tú, o era mi desvarío, quien emperfumaba mis cuartillas, ávidas de convertirse por artes mágicas en el alcázar de perlas floreciente con mis ilusiones? ¿No recuerdas ya que subrayabas deliciosamente el encanto de una mirada, la seducción de una sonrisa y el madrigal de una carcajada sonora, que, como arpa querúbea, aún resuena en mis oídos? Lo que no habrás olvidado cuando, inspirado por un amor eterno, te hice sudar tinta como nunca y atornasolar de manera que deslumbrara todos los lugares comunes de un centenar de noveluchos, que publicara poco antes el «*el gorro de dormir*» de nuestros abuelos: *La Correspondencia de España*. ¡Qué tiempos más felices!

¡Lo que has cambiado desde entonces, ingrata de las ingratas! Tus trazos son nerviosos y chillones, pues por cualquier cosa rasguebas; tu cuerpo gentil se doblega apesadumbrado a las caricias de mi diestra, tus hechizos me los sé tan de corrido, que son memoria amarga de lo que fueron. ¡Quién me lo hubiera dicho! Antes eras el elogio sin tasa, la pasión sin usura, el nervio delicado, el delito sin pena, el cielo de la gloria, la fama con estrépito; eres hoy el vehículo de la tristeza, la semana santa de la admiración, el infierno de la dicha, la tumba de la amistad, la carcoma de la belleza, la polilla de la poesía y la langosta de las mejores cosechas. Alguna ráfaga de incredulidad agita aquella tu blonda cabellera, que ni es blonda, ni es cabellera. Es inaudito; en el naufragio tinteril de tu existencia ha perecido hasta aquel legítimo orgullo de que hacías gala siempre que se trataba de resucitar a un muerto en las elecciones de diputados a Cortes o en las de concejales. ¡Qué ruina, Virgen santa!

Pues bien; las corrientes modernas vendrán en socorro mío, ingrata de las ingratas; te habrás de doblegar a mis exigencias. Quiero escribir sin gramática, como muchos escriben, para que se hagan lenguas de mi talento innovador; quiero causar fastidio con enojosos rodeos para que se sorprendan de mi léxico erudito; quiero calcar de exóticos figurines cuanto desequilibre la lógica de nuestras costumbres inveteradas y tradicionales y predicar filosofías rancias y propósitos descabellados para que me expidan patente de invención y me califiquen, por lo menos, de genio asombroso... por la bilis. ¿Te desagradan estos desatinos? Entonces eres mía; eres aquella que siempre fuiste. ¿Que el metamorfoseado soy yo? Pues no me había dado cuen-

ta de ello. ¡Hace tanto tiempo que no me miro al espejo! En verdad, en verdad, que «la patita de gallo» se ha pronunciado, silabeado y monosilabeado en toda regla gramatical; que el brillo y tamaño de mis ojos garzos ha perdido en signos integrantes y admirativos; que mis cabellos castaños conjugan a la perfección el verbo reflexivo e impersonal, encanecerse; que mis labios son toda una interjección; que mi frente es una oración vuelta por pasiva y que mis cejas y bigotes son unos genitivos endiablados que quitan el hipó. Hasta con la métrica o arte poética, con que ando por casa, se conoce a la legua que no carezco de juanetes ripiosos. Padezco todos los achaques de la literatura: la inapetencia de voluntad propia, el catarro crónico de la popularidad, el hormiguillo de la carencia de ideas, la gota de tinta en el escalpelo crítico, el reuma de manidos tropos, la calvicie de imágenes brillantes, la ceguera del sentido común...

Bien mirado, estoy hecho un emplasto de cuartillas indigestas. Nadie de ustedes, queridos lectores, sabe lo que es un cólico de letras de molde a todo vapor o a todo rotativo. Tenerlo y volverse decano de la redacción, es todo uno. Con más de ocho lustros ser yo un anciano, y no ser un decano, significa que me administraron el antídoto o revulsivo del estómago artificial, a que se apela cuando la fuerza digestiva se hace entre Crónica y Crónica. Aún sin el decanato, ostento la chochera mayor del periodismo: la exhibición. Se casa «nuestro querido compañero...», leo en un diario; al cuarto de hora me encamino con una oda para los «cónyuges». Si es banquete, bautizo, excursión, carrera de caballos, balompié, entierro, funeral, toros, aviación, saraos, reparto de limosnas, kermesses, conferencias, sesiones de Cortes. etc., etc.. sea como sea, haga el tiempo que hiciere, repítanse o no con frecuencia, hago lo mismo, cambiando tan sólo de la oda el nombre de la misma, el de los *agraciados* y los hechos a que dieran lugar. No dirán que si envejezco, pasan días, años o lustros por mi vida. Los que llegamos a viejos en el periodismo nunca omitimos el manejo de la gramática parda; jamás nos permitimos estornudar sin eufemismos, ni tóser sin retruécanos, por si nos abren en canal con adjetivos denigrantes o se taponan los oídos ante la protesta airada del egoísmo.

Pero hablemos de ti, ingrata de las ingratas. ¿Estás decidida, ya que eres la misma de antaño, a prestarme generoso concurso en una empresa sentimental que habrá de coronarse a fuerza de estudio, de paciencia, de virtud, de anhelos y de sublimidades? ¡Que sí! Manos a la obra. ¿Que me tiña las canas y me ponga terso el cutis? De ninguna manera; llegar a viejo siendo joven es indicio de experiencia; la fuerza del brazo requiere maestría contigo en ristre; no se alcanzan los laureles sin atormentar en alto grado a la imaginación. ¿No es verdad que al tornar a la fe romántica de que te hice profesión y culto cuando apenas me sombreaba el labio superior, aún siendo un anciano decrepito, habrá de rejuvenecerme de tal modo y remozarme hasta tal punto que me consideraré y juzgaré apto para reconstituir el templo sacro-

santo de mi conciencia y para rendir la ingénita altivez de mi amor propio o la extraña ductibilidad de mis conveniencias sociales con sincéros trabajos a *vuelapluma*? Y cuando sea octogenario, encorvado por los años, usando unas gafas de vista cansada por la lectura, sentado en muelle poltrona ante mi mesa despacho, en una larga noche de invierno, al calor de una estufa chisporroteante, con qué singular encanto mis manos, trémulas y sarmentosas, entregarán la colección de mis escritos, las huellas fragantes de tus idas y venidas, a Conchita y Esperancita, a Consuelo y Carmen... a todas mis nietas, para que me lean por centésima vez aquellas amarillentas páginas en que perdurarán delicias de mis ensueños y ternuras de tus lágrimas, negras como las sombras que nos rodean en la vida. ¡Detente, pluma; corremos las charlas y comentarios de las avispidas niñas; prescindamos de sus ultrajes a la prosodia castellana; olvidemos que me reclaman bombones y caramelos; no enumeremos sus besos y caricias...! El acto hermoso de sobrevivirse con un coro de angélicas criaturas, ¿quién lo describe? ¡Callemos, belleza de bellezas, ingrata de las ingratas!

Abstraído con los trazos de la pluma.

AURELIO BAIG BAÑOS.

### VALLADOLID PINTORESCO



Paisaje de "El Cabildo,"

## El Poema del Azor

*Prosa rimada al estilo de las castellanas del siglo XIV. Hemos procurado conservar en los motivos poéticos la simple e ingenua espontaneidad de los tradicionales, salvo alguno de sabor sekspiriano. La intervención de lo sobrenatural y maravilloso ha sido cuidadosamente mantenida, así como cierto desaliño y desigualdad métrica en los versos, para reproducir aquellas interrupciones de la cadencia que tan grata hacen la lectura de los poemas antiguos. Respecto a la ortografía, repetimos las formas fonéticas propias de la infancia del idioma, que tanta energía le prestan, así como el arbitrario uso de signos de puntuación. Hemos cuidado, finalmente, de no extremar el empleo de voces anticuadas y en desuso al escribir, años ha, este pasatiempo producto de nuestra detenida lectura de los excelentes escritores castellanos anteriores al siglo XV.*

En el nomne de Xpo. que hayamos en companna  
 E de la Gloriosa quel truxo en la su entranna,  
 E de Sant Yague que omnes malos danna  
 De quien sodes rromeros por aquesta montanna.  
 Tenedvos e plegadvos so el robredo a sabor,  
 Quier ioglar, quier pechero, quier monie, quier sennor.  
 Odredes una prosa de que so sabidor,  
 De la façanna que fizo un açor.  
 En tierra de Castiella avé un dosel graçioso,  
 Bien parados de pannos, de cuerpo bien fremoso,  
 Desie la gente: non vi tan apuesto moço,  
 Mas era ioglar: non era ende poderoso.  
 Caminaua trouando, bien cuemo yo camino,  
 Tannie la vihuela, cantaba de confino,  
 Domado aúse su açor: deuinaba al vecino:  
 Aquest es el artero que cata de tu vino.  
 Príssosle amor en muy grãnt medida,  
 Nunqua ovo el alma assf adolescida.  
 Desfe: ay mesquino, ay dona bien bellida,  
 Que tan malamientre me acoytades la vida.  
 La duenya tan esquiva, Çeçilia se llamaba,  
 Non lo era de los oios que claros los mostraba,  
 Cuemo palomba era cuando se la miraba,



Mas cuemo aquila fiera cuando se la fablaba;  
 Fija era de alcalle de muy noble cibdad,  
 De Toro la viexa, si era buena catad,  
 Do se cria el bon vino cabe el Duero cabdal,  
 Bien querríe siquier de un vaso la meytad.  
 De la Duenya ploraba Munio la impiedat  
 Con fremosas querellas de buena omildat,  
 Pora el nunqua avrfe nulla festivitad,  
 Oid aquestas trovas que desíe, en verdat:  
 En mal ora fui nado, la vihuela temprada  
 Non suena dulçemiente sinon á las vegadas,  
 Ca la vihuela tanto es de mi aiuntada  
 Que cuemo yo mesquino anda desconortada.  
 Leuanto mis sospiros; comienço a violar  
 La bos queda, enfogada, más querríe plorar  
 Las doblas e temblantes acrescen mi pesar  
 E la finiesta non abres, dona, por me danyar!...

Por las tierras luennes caminaua el ioglar  
 Día e noche, non cuida descabargar  
 Nin de suo almuerzo ni de suo yantar,  
 El sol é los luzeros siemprel vieron vagar.  
 Desuso de los onbros, lieva el açor  
 Desmarrido está é mudo qual si oviesse dolor,  
 A las vegadas vuela é trae sustento a su sennor  
 De liebres é palomas é garças es caçador.  
 Munio el ioglar la tiestal besa con amor:  
 Vuela, vuela muy alto, oh mfo açor!  
 Cormano fidel dest pelegrino de amor,  
 Poia fasta los nubes sobrelas envaidor  
 Mas nom desampares é torna seruidor...!

Çamora la murada uió en fermoso val  
 Desora entró y fasta la rrua mercadad  
 Fincó en las puertas de un ostal  
 Do moraba lusuf iudfo prencipal.  
 Demandol dineros sobre pennos de herencia  
 Cató el iudfo al ioglar su grant falençia,  
 Dixo pora su saio: hayas grant pestelencia,  
 E paladino: daca xpiano tu creyençia;  
 Si das en rostro á Xpo. una buena punnada  
 De doblas quedará tu escarçela colmada.  
 Munio cuemo esto oió, metió mano al espada:  
 Si non callas avrás la entranna aforadada.  
 El iudfo calló, tomole grant rrencura,  
 Dis: te daré C. doblas mas la tu dentadura  
 Si en catorzeno día non pagas con pressura,



Te prenderé en pago: que finque en scriptura.  
Otorgógelo Munio, é más quel pediesse  
Maguer estonz el pago facer non podiesse  
Dixol que los dineros ayna aduxiesse,  
Por finir el pleyto ayna los touiesse.  
E dis Munio: lusuf tu paraula es refés,  
Mas en auierendol otorgado non te recudiaré,  
Fagamos ende la carta, la sennale Garçés  
El bon escriuano cummunal del rey.  
El iudfo cató, ca era ladino, artero,  
Quel pleyto non camina pora el derechturero  
Ca si el escriuano dello es concedero  
Faral grannt danno é pechar su dinero.  
Aduxol consigo adentro del fogar  
Do aúe los dineros que dixol iba dar,  
Confiado é noble y entro el ioglar,  
Non sabfe el mesquino lo quel iba passar.  
De un lavrado arcon, lusuf sacó un libriello  
Dixo: aquesta es la lei del nostro cabdiello  
Home eres de paraula ca non un mançebiello  
Firma tu promessa é non se fable dello.  
Iusuf, lusuf me engannas: dis el ioglar ayrado  
Mas el amor me tien enloquido é turbado  
Farelo todo tal cuemo está fablado  
E quel Sancto Spírito me libre de pecado.  
El iudfo aleuoso, refés é traidor  
Alegros, mas dello non dió en rostro color.  
Dis: despega las fojas dest libro sennor  
Ca unas con otras apeganse á lo meior.  
Munio inoçente moió en boca el polgar;  
Dábale al pargamino sin le desaparegar  
E vuelta el mesquino el dedo saliuar,  
Non sabiendo con ello cuemo se iba a matar.  
Aquest libriello estaua de ponzon bien garnido  
E tot el en la boca Munio auie metido  
Quando sos oios furon entenebridos  
E sos labros bermeios tornaron denegridos.  
La faz sel tornó toda dotra figura  
Elada é negra la fiso de morte la friura  
Valgame la gloriosa!: dixo con grant tristura  
Tomole un desmayo é fino con pressura.  
El iudfo aleuoso goçó la su traición  
Mas sabet que ayna entro y fiero el açor  
Gritando cuemo can que vee la uenación  
A lusuf de pavura batiol el coraçón.  
Quisso el traidor fuir: mas el aue ualiente  
Vinole a la faz cuemo vira puniente

Arrancole los oios con la garra fendiente  
 Sombras ovo y, do auie lumne riente.  
 lusuf dió una grant bos: ixió de la posada,  
 La barba luenga bermeia fo tornada  
 De las fuentes de sangre de los oios manada,  
 Clamando é rugiendo cuemo bestia enconada.  
 La gent quel uió venir prendió fuida loca  
 Datme la lus!: clamaba de su boca  
 Alçando sua testa lazrada é sin toca,  
 Passó muros, turbado despenrose en la roca.  
 Estonz el açor remontó grant volada,  
 Ayna llegó a Toro passó la grant murada  
 Cantó ante una finiestra con lengua modulada  
 Del castiello do estava Çeçilia descoyada.  
 Desque la duenya oió el canto deleitoso  
 Dis: aquesta es el aue de Munio el fremoso.  
 Demandol: por uentura dexástele, sombroso?  
 Un miraglo auino grant é maravilloso:  
 El açor tornós en palomba capdal  
 Daba lumne lumne de si é a todo lo al:  
 Dexele Çeçila, dixo: finió de ponzón mortal  
 Tu rrencura é desvio aduxol est mal  
 Soy su anima blanca quel corpo mantenía  
 Yo á ti quissi mucho al çielo tornaría,  
 La Virgen Gloriosa de grant podestadía  
 Liévame con las almas de la su confradía.  
 La palomba volo, perdios en nibe lunyana,  
 Çeçilia ploró la su rrencura liviana,  
 El rostro sel tornó cuemo nieue non coçeada  
 Fuir quisol coraçón cuemo açor de su alcándara;  
 Los oios tan turbados que non podie mirar  
 Un grant clamor ha fecho; cosa fo de espantar  
 Acudiol su padre el bon alcalle Ferrán:  
 Fija qué has?: Padre, te rogo me perdonar  
 Non quisse á Munio, finió de ponzón mortal  
 Fablé con la su anima que es palomba capdal  
 Quiero volar io ayna, do es el Padre spirital!  
 Ferrán cató al Crucifixo é dixó: ay sennor!  
 Si sodes seruido, tolled á mía fija aquest dolor  
 Vos que amáis á homes, é por ende morist, oh Redentor!  
 Mas don Jhesucristo prendió á Çecilia por uxor.  
 Vierades la donna mortua é bien sençida  
 Tot el que la uió coidó que era dormida,  
 Toda de flores de suave odor garnida  
 Blanca é dulz yoguie: non parescie sin vida.  
 A la otra mannana lieváronla soterrar  
 La gent grant espanto y ouo de passar,

Un açor se vido suso la fuesa estar  
 Una palomba se vido de la fuesa alçar  
 Amas aues se vido á los cielos volar.  
 La estoria del açor tien aquí paradero.  
 Sennores ondrados, dat al ioglar dinero  
 E si non, odre e morral he de romero  
 Por que del escançiano fagais, o paniçero.

WENCESLAO G. OLIVEROS.

## Las poesías latinas de Garcilaso de la Vega y su permanencia en Italia

### I

Las poesías latinas que aquí reimprimimos, entresacándolas de una edición comentada que preparamos de las obras de Garcilaso de la Vega, nos inducen a defenernos brevemente, exponiendo a la ligera la permanencia del poeta toledano en Italia <sup>1</sup>, donde pasó, especialmente en Nápoles, casi sin interrupción los últimos siete años de su vida, donde contrajo no pocas amistades con poetas y humanistas italianos, y donde compuso casi todas sus poesías, entre ellas las cuatro en latín que hasta ahora conocemos de él.

Vino por primera vez a Italia acompañando a Carlos V, que se dirigía a Bolonia para recibir la corona imperial de manos del Papa. No pasaba de los 25 años. Gallardo, arrogante, caballero y cortésano en el sentido más noble de la palabra, poeta y hombre de armas, había puesto su brazo al servicio de su Emperador. Dos días antes de embarcarse, el 25 de julio de 1529, <sup>2</sup> ante el escribano Francisco de Barrera, en Barcelona,

<sup>1</sup> Sobre la permanencia de Garcilaso en Italia véase: D. EUSTAQUIO FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Vida del célebre poeta Garcilaso de la Vega*, en *Colección de documentos inéditos y ara la Historia de España*, t. XVI, Madrid, 1850, pág. 24 y siguientes; y la sabrosa nota de B. CROCE, *Intorno al soggiorno di Garcilaso de la Vega in Italia* (ext. de la *Rass. Stor. Napoli di. Lettere ed Arte*, a. I, fasc. 1, Nápoles 1894).

<sup>2</sup> La fecha de la partida de Carlos V de Barcelona no aparece fijada con seguridad por los historiadores. G. DE LEVA (*Storia documentata di Carlo V*, Venecia, 1864, volumen II, pág. 560), la pone el 27 de julio, siguiendo la relación de C. Capello, orador veneciano en Florencia [*Albèri, Relaz. Amb. Veneti*, Serie III, vol. I, pág. 191]. La *Cronaca del soggiorno di Carlo V in Italia*, publicada por C. ROMANO (Milán, 1892, pág. 78) la fija el día 26 de julio.

había redactado su testamento, habiendo «deliberado e determinado—así se expresaba—de yr a pasar con la Magestad del Emperador rrey don Carlos nuestro Señor en Italia y en otras partes donde él fuere serbido de quererse de mi servir» <sup>1</sup>.

Hechos a la mar el 27 de julio de 1529 desde el puerto de Barcelona en la capitana de Andrea Doria, el 12 de agosto Carlos V arribó a Génova, desde donde se dirigió a Placencia el próximo septiembre <sup>2</sup>; desde allí pasó a Bolonia, donde entró con grandísima pompa el 5 de noviembre <sup>3</sup>. La solemne ceremonia de la coronación se verificó en la catedral de San Petronio el día de S. Matías: un mes después—el 22 de marzo de 1530 <sup>4</sup>—el Emperador dejó a Bolonia para pasar a Alemania, mientras que Garcilaso quedó en Italia, y sirvió valerosamente en la campaña de 1530 contra Florencia, obteniendo en premio a los servicios prestados una renta de ochenta mil maravedís al año por toda su vida <sup>5</sup>. Después de haber despachado en agosto de aquel mismo año una misión por encargo de la Emperatriz en la corte de Francia, cerca de la princesa Leonor, a quien había tomado por esposa Francisco I, no sin el encargo de indagar las voces que corrían en París, y de examinar lo que se hacía en la frontera, no obstante reinase allí una calma aparente, volvió de nuevo a Italia, donde le encontramos en 1531. Solicitado en vano el gobierno de Toledo para regresar al seno de la familia, y vuelto a España, donde ya se hallaba en el verano, dispuesto a prepararse para nuevas fatigas, en aquel mismo año 1531 acompañó a su amigo y protector el Duque de Alba, que se dirigía a Alemania a tomar parte en el auxilio de Viena, amenazada por Solimán el Magnífico.

En Tolosa de Guipúzcoa ocurrió a Garcilaso un incidente que fué para él causa de no pocas amarguras. Por haber intervenido en el desgraciado asunto del matrimonio de su sobrino y tocayo con doña Isabel de la Cueva, dama de la Emperatriz y sobrina del Duque de Alburquerque, se atrajo la ira del Emperador; y apenas llegó a Ratisbona, fué castigado con el destie-

1 *Documentos inéditos referentes al poeta G. de la V. reunidos por el MARQUÉS DE LAURENCIN*, Madrid, 1915, pág. 73.

2 DE LEVA, *Op. cit.*, vol., cit., pág. 560.

3 *Id.*, *id.*, pág. 576.

4 *Op. cit.*, vol. II, pág. 644.—G. GIORDANI (*De la venuta e dimora in Bologna del sommo Pontefice Clemente VII per la coronazione di Carlo V Imperatore celebrata l'anno MDXXX. Cronaca con note documenti ed incisioni*, Bolonia, 1842, pág. 177, pone la fecha en el 24 de marzo.

5 NAVARRETE, *Op.*, cit., doc. 7, pág. 207.

rro a la isla de Schut, formada por una ramificación del Danubio, donde compuso una de sus más inspiradas poesías, la tercera canción [*Con manso ruido*] <sup>1</sup>.

Su destierro duró cerca de tres meses, desde marzo a junio de 1532: de allí le sacó la intercesión del Duque de Alba, que consiguió que pudiera ir a Nápoles para acompañar y ayudar al nuevo Virrey D. Pedro de Toledo.

El 31 de julio salieron los dos de Ratisbona; el 10 de Agosto llegaron a Verona, donde el capitán y vice-potestad, Leonardo Giustiniani, así escribía en una información suya: «Hoy a la una de la noche llegó a esta ciudad el Sr. Marqués de Villafranca, que por la posta va como Virrey a Nápoles. He salido a su encuentro a pie hasta Santa María in Organis, donde se apeó. Ha venido por el Adigio desde Trentó en una zátara. Y, apenas desembarcado, le dirigi las salufaciones de rigor, ofreciéndole alojamiento fuera de la hostería donde había enviado delante emisarios para preparar. Me dió las gracias, diciendo que quería ir por la posta a Nápoles, para avistarse con Andrea Doria, que no se alojaba sino en la hostería, y que partiría de mañana. Y he ordenado que le envíen un frasco de malvasía y otro de vernaccia y otras confecciones propias del tiempo. Dice que hace diez días que salió de Ratisbona... Este señor Marqués no trae consigo ninguna cabalgadura, y desea ir primero a Mantua, por la posta» <sup>2</sup>.

El 14 de agosto el Virrey estaba en Venecia <sup>3</sup>; estuvo no poco alegremente algún tiempo en Siena, donde fué recibido en son de fiesta por el Gobernador Alfonso Piccolomini, Duque de Amalfi; y entre otras diversiones preparadas en honor suyo, fué invitado a asistir a una comedia, «sin preparación y concierto, recitada por muchas hermosas, galantes y nobilísimas damas de Siena» <sup>4</sup>; el 22 estaba en Roma, donde Clemente VII usó con él de las cortesías acostumbradas con los Gobernadores <sup>5</sup>; el 1.º septiembre partió para Nápoles, donde hizo su entrada el

1 TAMAYO [*Garcilaso de la Vega, natural de Toledo ...En Madrid por Luis Sánchez, año 1622, fol. 7 y 8*] sospecha sin fundamento que también debió deser escrito en la isla del Danubio el soneto IV [*Un rato se levanta mi esperanza*] y el IX [*Señora mía, si de vos yo ausente*]. El más moderno comentarista D. TOMÁS NAVARRO TOMÁS, extiende su sospecha también al soneto XI [*Hermosas ninfas, que en el río metidas*].

2 MARIN SANUTO, *Diarii*, vol. LVI, pag. 726.

3 Op. cit., vol. cit., pag. 749.

4 FILÓNICO ALICARNASSO, «*Vite di undici personaggi illustri del secolo XVI (Vita di Don Pedro di Toledo)*» ms. Nacional de Nápoles, X. B. 67, c. 227 v.

5 Ms. cit., c. 228 v.



día 4 del mes, y fué bien recibido en casa del Príncipe de Salerno, yendo a establecerse después a Castelnuovo <sup>1</sup>.

Garcilaso era en Nápoles «lugarteniente de la compañía de gente de armas del Virrey» con una paga de 270 ducados al año <sup>2</sup>. Gozaba de la plena confianza del Virrey, que se valió de él en las misiones más graves y delicadas de su gobierno <sup>3</sup>, y especialmente en sus relaciones con el Emperador. De una cédula de Tesorería del Archivo del Estado de Nápoles, aparece que el 18 de abril de 1533 se libraba a Garcilaso un pago de 140 ducados, equivalentes a 130 escudos de oro por su viaje a Génova cerca del Emperador para asuntos referentes a la corte imperial, pago que se le había ya hecho efectivo el 3 de abril en moneda del Reino <sup>4</sup>.

Pero el César, partiendo de Bolonia el 28 de febrero de 1533, donde había tenido una segunda entrevista con el Papa, se había embarcado en Génova, y había pasado a Barcelona <sup>5</sup>, donde le llegó al encuentro Garcilaso el 28 de abril, uniendo a la satisfacción de desempeñar la comisión que se le había confiado por el Virrey, el placer de ver nuevamente a su queridísimo amigo Boscán, a quien ayudó a corregir la traducción de «El Cortesano», y escribiendo la carta dedicatoria a Doña Jerónima Palova <sup>6</sup>. Hacia fines de agosto del año siguiente, Garcilaso repitió su viaje por España para informar personalmente al Emperador de las amenazas y de los daños que el corsario Barbarroja causaba en las costas de Italia: entre las cédulas de la Tesorería del Archivo de Nápoles, se halla todavía un pago que se le hizo en 20 de agosto de 1534 de 550 ducados «para el viaje que hace por la posta a España a la Corte de la Majestad Cesárea a negociar algunas cosas concernientes al servicio de la predicha Majestad Cesárea» <sup>7</sup>. Debió volver a pasar por Barcelona poco después del 4 de

1 Ms. cit., c. 228 v.—Sobre la entrada de D Pedro de Toledo en Nápoles v. B. CAPASSO, *La Vicaria vecchia*, en *Arch. stor. per le prov. napolet.*, XV pag. 497 sig.

2 Véanse en el apéndice los documentos núms. 1, 3 y 4 —En el pago del 21 de junio de 1533, se descuentan a Garcilaso 18 ducados «per lo pretio de uno pollitro che hebe dalla Regia Corte in lo mese di novembre 1532 dicto lo liardo oro sirjo». Los documentos núms. 2, 3 y 4 fueron citados por CAPASSO en una nota a su monografía *Vicaria Vecchia* citada pp. 422-3; y por CROCE, not. cit., pp. 7-8.

3 Entre las *cédulas de Tesorería* hay algunas órdenes exigidas por el Virrey «al magnífico Garcilaso, lugarteniente», vol. 258, fol. 402 v. y fol. 151 v; vol. 262, fol 260 v. y fol. 294 v.

4 Véase doc. n.º 2.º

5 DE LEVA, op. cit., III, 109.

6 M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Juan Boscán*, Madrid, 1908 (tomo XIII de la *Antología de poetas líricos castellanos*) pag. 146.

7 Véase doc. núm. 5.



septiembre de 1534, y permaneció allí hasta el 1.º de octubre, día en que emprendió de nuevo su viaje de regreso a Nápoles, haciendo el recorrido en doce días a caballo desde Barcelona a Aviñón, y desde allí dió cuenta de su viaje en aquella carta en verso suelto, que Menéndez y Pelayo definió como «un panegírico de la amistad»<sup>1</sup>, escrita el 12 de octubre (vv. 83-5)<sup>2</sup>.

Doce del mes de octubre, de la tierra  
Do nació el claro fuego del Petrarca  
Y donde están del fuego las cenizas.

Habiendo quedado vacante en este transcurso de tiempo la Castellanía de Reggio por la muerte de D. Artal de Aragón, don Pedro de Toledo se interesó en vano porque tal cargo fuese conferido por el Emperador a Garcilaso, el cual volvió a Nápoles a fines del 1534, y continuó durante el 1535; y desde allí, con las gentes de armas del Marqués del Vasto<sup>3</sup>, que mandaba el ejército entero hispano-napolitano, fué a unirse a Carlos V en su expedición a Túnez, donde combatió con el valor acosumbrado, y hubiera caído en un encuentro en las manos del enemigo, si no hubiera sido auxiliado por un valeroso gentil-hombre napolitano, Federico Carafa, que «se movió y marchó con grandísima fuerza a librarle, con mucha maravilla y aplauso de todo el campo»<sup>4</sup>. En la toma de la Goleta, el 14 de julio, o

1 Op. cit., pág. cit.

2 v. 84: *do nació el claro fuego*.—El Petrarca: *L'ombra che cade da quall'umil colle—Ove favilla il mio soave foco*: Metáfora para significar dónde ha nacido mi Laura. La cual nació en un pueblecillo que algunos pretenden sea Aviñón o en algún suburbio de tal ciudad: otros pusieron varias aldeas del campo; v. 85; de este verso se deducía claramente que Garcilaso escribía desde Aviñón, donde murió Laura el 16 de abril de 1348, siendo enterrada en la iglesia de los hermanos menores. Ya en la segunda mitad del siglo XV se enseñaba en Aviñón a los forasteros un sepulcro de Laura. Cuentan muchos escritores del siglo XVI que en 1533, en una capilla de la Iglesia antes citada, fué descubierto el cuerpo de Laura, con un soneto en italiano cerrado en una cajita de plomo que decía quién fuera ella. Se tratase o no de impostura, lo cierto es que Francisco I de Francia, poco después de descubierto, quiso ver aquel sepulcro, a aquella cajita y aquel soneto, y del descubrimiento se habló en todo el mundo. Hasta Garcilaso fué a ver el sepulcro un año después de descubierto.

3 *Il primo volume delle Lettere di M. Pietro Bembo*.. En Venecia, 1562, c. 207 v.

4 Angelo di Costanzo, en la *Genealogia della famiglia Carafa* que dejó manuscrita y se conserva en la Biblioteca Nacional de Nápoles (Ms XIV, F. 39) de este modo nos da noticia de Federico Carafa y del hecho de heroísmo con que salvó a Garcilaso: «Don Federico... fué una persona bellísima, y dotada de mucha fuerza y destreza, y en Nápoles en contiendas privadas demostró más de una vez que pocos le igualaban en valor, y sobre todo era formidable para los capitanes de la guardia, que tenía por ejercicio de burla salir por la noche con uno o dos hombres y hacer huir a toda una guardia. Después, cuando el Emperador vino a Túnez, deseoso de demostrar lo que valía, fué allí, y un día en presencia del Emperador, viendo que tres caballos moros habían apresado a Garcilaso de la Vega, caballero ilustre, se puso en movimiento y fué con

tal vez después en alguna escaramuza, Garcilaso fué herido por dos golpes de lanza, uno en la mano derecha y otro en la boca, que le interesó la lengua, dejándole cierto defecto de pronunciación, que le aumentaba la gracia en el hablar <sup>1</sup>. En el soneto XXXIII dirigido a Mario Galeota, el poeta decía festivamente que el Amor, para vengarse de lo que escribía contra él, había guiado los golpes de sus enemigos <sup>2</sup>:

Y así, en la parte que la diestra mano  
gobierna, y en aquella que declara  
el conceto del alma, fuí herido.

Mas yo haré que aquesta ofensa, cara  
le cueste al ofensor, que ya estoy sano,  
libre, desesperado y ofendido.

Terminada la empresa de Túnez, Garcilaso siguió al Emperador, que visitó sus reinos de Sicilia y de Nápoles. Con él arribó al puerto de Trapani el 17 de agosto de 1535, y desde aquella ciudad, donde permaneció nueve días, pasó a Alcamo, después a Monreal el 3 de septiembre, y desde allí, el 13, a Palermo <sup>3</sup>. Durante su breve permanencia en Trapani, dirigió a Boscán los melancólicos tercetos de la segunda elegía, en los cuales expresa la tristeza que le mina, como si la sombra del porvenir y la de la muerte precoz se extendiese, sin él darse cuenta, expresa su alma. En Palermo compuso la no menos famosa elegía *Al Duque de Alba en la muerte de D. Bernardino de Toledo, su hermano*, muerto precisamente en aquella ciudad, al regreso de la conquista de Túnez, a consecuencia de los sufrimientos que había soportado en aquella empresa <sup>4</sup>.

Pasados los días que permaneció en Palermo entre pesares y alegrías, hacia la mitad de octubre el César tomó el camino de Termini y llegó el 21 a Mesina, donde se detuvo hasta el 2 de noviembre <sup>5</sup>. El día 3 de este mes se embarcó en una galera de Mesina, y, pasado el estrecho, tomó tierra en Catona (Calabria); desde aquí atravesó la Calabria y la Basilicata, donde

gran fuerza a librarle con mucha maravilla y aplauso de todo el campo». Esta cita fué ya impresa en parte por F. FIORENTINO, *Poesía lírica edita e inédita di L. Tansillo*. Nápoles, 1882, pág. 277.

<sup>1</sup> CIENFUEGOS, *Vida del Grande San Francisco de Borja*, pág. 50; y NAVARRETE, op. citada, págs. 62, 65 y 66.

<sup>2</sup> GARCILASO, *Obras*, Madrid, 1911 (*Clásicos castellanos*) pág. 266.—Citaré siempre esta edición, para comodidad del lector. El soneto es el XXXV de la edición de Azara y de la de Castro.

<sup>3</sup> DE LEVA, op. cit., III, 158.

<sup>4</sup> NAVARRETE, op. cit., pág. 67.—SANDOVAL afirma que Bernardino de Toledo murió en Trapani (libro XXII, 46.)

<sup>5</sup> DE LEVA, op. cit. III, 158-9.

el príncipe de Besignano le hizo un magnífico recibimiento en un suntuoso palacio de madera mandado construir a propósito en una campiña de abundante caza.

Llegado el Emperador a pocas millas de Nápoles, le rogaron que retardara algo su entrada en la ciudad, porque no estaban terminados los preparativos para recibirle. El Emperador accedió al deseo de los organizadores de la fiesta—el Marqués de Vasto y el Príncipe de Salerno—y decidió detenerse en la célebre villa vulgarmente llamada Piedrablanca, y en griego Leucopetra, de Bernardino Martirano, hombre político y literato, consejero y secretario del Reino de Nápoles <sup>1</sup>. Hizo su entrada triunfal en la ciudad el 25 de noviembre.

Las fiestas fueron cuidadosamente descritas por el cronista contemporáneo napolitano Antonino Castaldo <sup>2</sup>, al cual remitimos, si algún lector tuviera el capricho de conocerlas en todos sus detalles. Carlos V entraba triunfante en Nápoles en el colmo de la gloria y de la fortuna; y allí, pasado el carnaval de 1536 en continuas fiestas, juegos, torneos, justas y convites, alegrados con la presencia de los personajes más ilustres de Italia, partió de Nápoles el 22 de marzo, después de haber regresado de Roma <sup>3</sup>. Garcilaso le siguió de allí a poco, porque en el viaje entre Nápoles y Roma tuvo una aventura caballeresca—si hemos de prestar fe a Luis Zapata, que la cuenta en el capítulo XLI de su poema y crónica rimada del Emperador Carlos V *Carlo famoso* (1566)—que demuestra en su fondo fantástico la razón de que sobre su nombre se formara pronto una leyenda de heroísmo: en el camino, yendo solo en compañía de un escudero, fué asaltado cerca de Veletri por unos bandidos que se guarecían ocultos en la selva. El poeta se defendió solo contra 300, matando a algunos, hiriendo y haciendo huir a los demás, y librando a su escudero <sup>4</sup>.

El 18 de abril de 1536 el Emperador dejó a Roma, y por Siena pasó el día 1.º de mayo a Florencia, donde se le dedicaron fiestas grandiosas preparadas por su yerno y por su hija; pero a pesar de tantas diversiones, su ojo escudriñador se dirigía más allá del Apenino, para seguir atentamente los acon-

1 Sobre Martirano, v. FR. POMETTI, *I Martirano*, Roma 1897; y cfr. la recensión que de él hizo PÉRCORO en *Ras. crit. d. lett. ital.*, III (1898), pág. 68 sig.

2 *Dell' Istoria di notar Antonino Castaldo libri quattro*.—Náp. 1769, pág. 49 sig.—Y véase también E. PÉRCORO, *Marc' Antonio Epicuro*, en *Giorn. stor. d. lett. ital.*, XII, pág. 47 y sig.

3 DE LEVA, op. cit., III, 161.

4 NAVARRETE, op. cit., pág. 74 y sig. y 171 y sig.

tecimientos en el Piamonte, a consecuencia de la invasión francesa en el mes de marzo de aquel año. Garcilaso acompañó al Emperador: en lo sucesivo entra de lleno en la acción. A consecuencia de instrucciones recibidas del Emperador en Florencia el 4 de mayo de 1536, pasó a la Alta Italia, para despachar algunas misiones: en Génova con Doria; en Milán con De Leiva y con Gómez Suárez de Figueroa, formando parte, como maestro de campo del ejército español que se preparaba para combatir al otro lado de los Alpes contra Francia. Innumerables son los documentos que atestiguan su actividad política y militar en aquellos meses, y que nos ha dado a conocer Navarrete <sup>1</sup>; pero preferimos trasladar aquí una carta amistosa que escribía el 15 de julio de 1536 a Seripando, en Nápoles, desde Savigliano, en el Piamonte, donde se celebraron varios consejos de guerra del ejército imperial en junio y julio de aquel año. Es una de las últimas cartas de Garcilaso, que será grato conocer por estar escrita familiarmente a un amigo: citada por Volpicella <sup>2</sup>, fué publicada la primera vez por Croce <sup>3</sup>, y la reproducimos a continuación <sup>4</sup>:

«Señor,

No espere v. p. un proemio de disculpas por no averos escrito hasta agora, que una de las cosas en que tengo hecha esperiencia del Amor que ay entre nosotros es parecerme que no puedo ofender a v. p. en cosa de las que hago, aunque sea tan mala como haver dexado de escriviros tantos días; esta seguridad es tan rara en las amistades, como lo son las partes vuestras que fueron causa de nuestra amistad. Yo estoy bueno de salud, y estarialo de todas las otras cosas, si tuuiesse enemigos que valiessen mas o que valiessen menos, mas el no valer mucho les haze que me dañen no como caualleros, y el no ser en todo poco, haze que le suceda parte de lo que procuran; mas con todo esto lloran mas vezes al día que ríen. El papa a hecho su oficio y haze, en desear la paz, lo qual será de poco momento si las dificultades que ay en seguir la guerra, no le ayudan a pacificar las cosas. Todavía dicen

1 Op. cit., pág. 76 y sig., y doc. 11, pág. 240 y sig.

2 En una nota a los *Capitoli giocosi e satirici* di L. TANSILLO, Nápoles, 1870, pág. 170. Sobre la carta de Garcilaso llamó la atención de los estudiosos también MENÉNDEZ Y PELAYO en una de sus *Cartas de Italia* en *La Tertulia* de 1877.

3 Not. cit., pág. 13 y 14.

4 Biblioteca Nacional de Nápoles, vol. XIII A A. 53, fol. 1.

por cierto que pasaremos d'aquí a ocho días los montes y, estando resolutos en esto, no lo estamos en lo que haremos después de passados. Esto solo basta aver dicho a v. p. *et crimine ab uno disce omnes*».

De Sevillan, XV de Julio. M.D.XXXVI.

Servidor de v. p.

GARCILASSO.

En el sobrescrito se lee: *Al S.or el S.or fray Gerónimo Serripando mi S.or.*

Como Garcilaso decía en esta carta, a los ocho días Carlos V con el ejército pasó los montes, y llegó a Niza el 25 de julio, día de Santiago.

Cerca de Frejus, desde la fortaleza de Muey, un grupo de arcabuceros, que allí se había refugiado, molestaba a las fuerzas españolas. Los cañones abrieron una brecha en las murallas, y Carlos V mostraba gran impaciencia, deseando que no se retardara el asalto. Algo molestado Garcilaso, que era el maestro de campo de la infantería, se dispuso inmediatamente para el asalto, sin casco ni coraza. Cayó mortalmente herido por una piedra el 23 de septiembre, y murió en Niza el 14 de octubre, entre los brazos de otro soldado amigo suyo, el Marqués de Lombay, generalmente conocido en el mundo con el nombre de S. Francisco Borja.

Su cuerpo fué depositado en el convento de Santo Domingo de Niza, y dos años después trasladado a Toledo, donde fué enterrado en S. Pedro de los Mártires, en una capilla que está a mano derecha de la mayor, antiguo sepulcro de los señores de Batres, sus antepasados <sup>1</sup>.

Su muerte fué llorada por todos hasta en Italia. Una poetisa napolitana en relaciones de amistad con los más ilustres personajes y poetas contemporáneos, relaciones que fueron la causa de que adquiriera alguna fama, la suficiente para que no permaneciera en el olvido, Laura Torracina, según escribe Herrera <sup>2</sup>, aplicó felizmente como epitafio al poeta español la siguiente octava de Ariosto (*Orl. Furioso, c. XVI, 72*):

<sup>1</sup> NAVARRETE, op. cit., 83 y sig. y la Ilustración XI pág. 177 y sig.

<sup>2</sup> *Obras de GARC. DE LA VEGA con anotaciones de F. HERRERA*. En Sevilla, 1580. página 79.—TAMAYO DE VARGAS, op. cit., fol. 14, al hacer suya la afirmación de Herrera, añade que Góngora parafraseó la octava de Ariosto en su famosa oda *al sepulcro de Garc. de la Vega (Piadoso hoy celo culto)*; pero, a decir verdad, la oda española ninguna relación tiene con la octava de Ariosto.



Un giovinetto che col dolce canto,  
 Concorde al suon della cornuta çetra,  
 D' intenerire un cor si dava vanto,  
 Ancorchè fosse più duro che pietra.  
 Felice lui, se contentar di tanto  
 Onor sapeasi, e scudo, arco e faretra  
 Aver in odio e scimitarra e lancia  
 Che lo fece morir giovine in Francia.

Algunos años después de su muerte aun era llorado. Giovio, en los *Elogios*, al recordar a los hombres que en sus tiempos habían conseguido hacerse beneméritos de las letras en España, inmediatamente después de Nebrija, restaurador de los estudios clásicos, recuerda a Garcilaso, enalteciendo el donaire horaciano de su poesía, y deplora su prematuro fin: «in quibus emicuit—escribunt—Garcias Lassus, horatiana suavitate odas scribere solitus: sed generose ad fastigium eudentem, dum alteram militiae laudem appetit, mors acerba elusit: et casu quidem ignobili, quum ad aquas Sextias ex tunica ab agrestibus lapide caput ictus, spectante Caesare concidisset»<sup>1</sup>.

Pero no quiero dejar de recordar aquí un soneto de un poeta genovés, relegado al olvido, y que floreció entre la primera y segunda mitad del siglo XVI, Rafael Salvago, que gozó no poca celebridad por su *Canzone sopra il silenzio*, que Ruscelli insertó con otras poesías del mismo en las *Fiori delle rime*, calificándola, no sin exageración, de tan inspirada que no desmerece de las mejores composiciones griegas, latinas o italianas<sup>2</sup>. En dicho soneto, dirigiéndose a su dama, una española de la cual se había enamorado durante su permanencia en España, le dice, alegrándose de su vuelta a Toledo, que había recobrado en aquella ciudad la alegría que perdiera a consecuencia del luto por la muerte de Garcilaso. He aquí el soneto, que no se ha reproducido, al menos que yo sepa, por ninguno de los que recordaron los homenajes tributados al poeta toledano<sup>3</sup>:

Se negò il corso antico e le bell'acque  
 Con l'usate ricchezze a l'Oceano  
 Il Tago allor ch'avara e fatal mano  
 Fe, ch'anzi tempo, il suo gran Lasso giacque.

<sup>3</sup> PAULI JOVIV. — *Elogia virorum literis illustrium*. Basileae, 1575, pág. 146.

<sup>4</sup> Sobre Salvago, v. CRESCIMBENI, *Comentari all' Istoria della volgar poesia*, Venecia, 1730, tom. III pág. 74.—G. B. SPOTORNO, *Storia letter., della Liguria*, Génova, 1825. III pág. 89-90.

<sup>5</sup> *I fiori delle rime nuovamente raccolti et ordinati da G. RUSCELLI*... Venecia, 1549, pág. 62.—Otros sonetos de él fueron inscriptos en el *Secondo volume delle rime scelte da diversi eccellenti autori nuovamente mandate in luce*.—Venecia, en casa de Giolffo de Ferrari, 1564, pág. 77-80.



Se 'l sacro Coro di Parnaso tacque,  
Anzi pur si senti presso e lontano  
Alternar voci inusitate e'nvano  
Chiamar chi solo per sua gloria nacque,

Se Marte dir fra misero e doglioso  
S'udi:—Crudo destin, che sì divori  
Mia gloria e me sì fieramente offendi—,

Ben giust'è che sien'ora egli pomposo  
E gli altri lieti, poiche tu lor rendi  
La perdita vaghezza e i primi onori.

## II

D. Pedro de Toledo, *el gran justador*, que por parte de su mujer, D.<sup>a</sup> María Osorio Pimentel, se titulaba Marqués de Villafraanca, era el hijo segundo de D. Federico de Toledo y tío del gran Duque de Alba, D. Fernando. Tenía cuarenta y ocho años, cuando por los muchos servicios prestados a la corona de España, fué enviado de Virrey a Nápoles por el Emperador Carlos V, cargo ambicionado por él hacía mucho tiempo <sup>1</sup>.

Hombre de naturaleza robusta y de sangre casi real <sup>2</sup>, por lo que deseaba eternizar su nombre con obras grandiosas y monumentales, dirigió sus primeros cuidados a engrandecer y mejorar la capital del Reino confiado a su gobierno <sup>3</sup>. A él cupo sobre todo la gloria de haber repuesto la justicia en el lugar de honor que le correspondía: «todo atento—escribe un cronista contemporáneo—al gobierno de la ciudad y del reino, con suma vigilancia atendía a que desaparecieran los abusos y a castigar a los culpables, depravados y licenciosos, a ejercitar la justicia decaída ya durante muchos años, y casi olvidada, imprimiendo en el ánimo de todos el santo temor de ésta» <sup>4</sup>. Era natural que

1 Sobre D. Pedro de Toledo v. ESCIPIONE MICCIO, *Vita di D. P. d. T. con un discorso d' introduzione di P. PALERMO*, en el *Arch. hist. ital.* ser I (1846), t. IX, pág. 16-23; P. GIANNONE, *Istoria civile del regno di Napoli*, Venecia, 1766, T. IV, pág. 35 y sig.; *La vita di D. P. di T. de FILONICO ALICARNASSEO*, en *Vita di alcune persone illustri del secolo XV*, ms. cit., v. 220. v.—258 v.

2 A. CASTALDO, *Ist. cit.*, pág. 46.

3 MICCIO. *Vita citada*, pág. 21.

4 CASTALDO.—op. cit., pág. 43.—Y véase también FILONICO ALICARNASSEO, ms. cit. cc. 241-2. De las excelencias del Virrey como gobernador habla Tansillo en la XXVII de las *Stanze a B. Maritano* y en las octavas LIX a CXX de la *Clorida* (v. L. TANSULLO, *L'égloga e i poemetti con introduz. e note di F. Flamini*; Nápoles, 1833, pp. 99 y pp. 143-50).

un Príncipe de gran gobierno, como él era, despertase en Garcilaso una admiración profunda, exteriorizada más tarde en la dedicatoria de la primera égloga, donde nos presenta a su protector como un hombre alejado de toda comodidad en la vida, por completo entregado al gobierno del Estado [vv. 10-12], a las empresas guerreras [vv. 13-14], y, en los momentos de tranquilidad, a la caza [vv. 15-20]. Manifiesta el firme propósito que tiene de cantar sus glorias, apenas esté algo desocupado, con alguna composición duradera [vv. 21-25]; y añade que no sólo es deber suyo enaltecer las dotes y los méritos de tan insigne personaje, sino de todo ingenio que desee honrar a todos los que merezcan ser recordados por la posteridad [vv. 25-42] <sup>1</sup>.

Tú, que ganaste obrando  
 un nombre en todo el mundo,  
 y un grado sin segundo,  
 ahora estés atento, solo y dado 10  
 al inclito gobierno del Estado,  
 Albano; agora vuelto a la otra parte,  
 resplandeciente, armado,  
 representando en tierra el fiero Marte;  
 agora de cuidados enojosos 15  
 y de negocios libre, por ventura  
 andes a caza, el monte fatigando  
 en ardiente jinete, que apresura  
 el curso tras los ciervos temerosos,  
 que en vano su morir van dilatando; 20  
 espera, que en tornando  
 a ser restituído  
 al ocio ya perdido,  
 luego verás ejercitar mi pluma  
 por la infinita innumerable suma 2  
 de sus virtudes y famosas obras;  
 antes que me consuma,  
 faltando a fi, que a todo el mundo sobras.

1 Vv. 11-12: *Estado, Albano, Estado Albano*, corrige el más reciente de los comentaristas de Garcilaso, Navarro Tomás [op. cit., pág. 2 n. 12] y anota: «el reino de Nápoles llamado así acaso por la vieja y famosa *Alba Longa*, o por *Alba*, ciudad también famosa, donde los romanos hospedaban a los reyes bárbaros, sus cautivos». Pero tal interpretación es insostenible, porque ni Nápoles ni el reino de Nápoles fueron nunca designados con tal apelativo. Albano es nombre propio, y sirve aquí para designar al mismo Virrey, a quien tal apelativo pudiera resultar preferido, si se gloraba de que su linaje descendiese de los antiguos griegos que fundaron Alba? FILONICO ALICARNASSO [Vid. cit., c. 220] escribe: «Nacque, per seguire il cammino diritto costui [don Pedro] da D. Federico di Toledo duca d'Alba, tra i grandi annoverato in Ispagna... La cui progenie, benchè credan coloro che derivi dà' Greci per la fondazione d'Alba, così fattamente detta da loro in venerazione degli Albani discesi da simil pianta, non me ne acquieto, giacchè più veramente traon l'origine vera da Abdelà, moro di Granata,

Al mismo Virrey de Nápoles creen algunos comentaristas que está dirigido el soneto XXI, que comienza:

Clarísimo Marqués, en quien derrama  
el cielo cuanto bien conoce el mundo;

si bien otros lo suponen dedicado a D. Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, que fué «grande amigo del poeta». El soneto contiene expresiones tan vagas e indeterminadas, que pueden adaptarse sin dificultad al uno o al otro: la expresión *el gran valor* (v. 4) mejor se aplica al Marqués del Vasto, y si fué dedicado a éste, indudablemente fué escrito antes de la empresa de Túnez, cuando se le propuso para el mando de españoles e italianos, todavía joven de 26 años, que había hecho concebir las más grandes esperanzas. Pareció a todos altísimo el honor que envolvía tal designación, y Ariosto no dudó en colocar al joven Alfonso por encima del viejo Próspero Colonna y del Marqués de Pescara (*Orl. Furioso*, c.).

Veggio Prosper Colonna, e di Pescara  
Veggio un marchese, e veggio dopo loro  
Un giovine del Vasto, che fancara  
Parer la bella Italia ai gigli d'oro:  
Veggio ch'entrare innanzi s'ì prepara  
Quel terzo agli altri a guadagnar l'alloro,  
Come buon corridor, ch'ultimo lassa  
Le mosse, e giunge, e innanzi a tutti passa.  
Veggio tanto il valor, veggio la fede  
Tanto d'Alfonso (chè il suo nome è questo)  
Che in così acerba età, che non eccede  
Dopo il vigesimo anno ancora il sesto.  
L'imperator l'esercito gli crede.

Volviendo el Virrey D. Pedro de Toledo, era, como es sabido amigo de los valerosos y discretos, apasionado partidario de sus cortesanos: era amigo de los torneos, de la caza y de las fiestas; pero no descuidaba las conversaciones ingeniosas,

---

he la maggior parte d'Andaluzia, Algarvia e di Castiglia comandò ai giorni» — l'ausilio escribe en la Clorida [en *Egloga e iroemetti*, edic. FLAMINI, pág. 119]: «Signor sotto il cui saggio, alto governo—Sovra ogni altro si gloria il mio Sebeto—O'lungo onor del Tago, o pregio eterno—Del chisro sangue d'Alba e di Toieto.» Bajo el nombre de *Albano*, Tausillo escondió a D. Garcia de Toledo en las canciones piscatorias [canciones VII, VIII y IX, edic. FIORENTINO] vv. 17-20: A D. Pietro piacevano le giostre e le acce. FILONICO ALCARNASSO [Vid. cit., c. 229] escribe: «Ora costui gito a caccia all'i Struni con regal apparecchio per dar rrecaazione e piacere a molte dame illustrissime e generose convitate da lui, si mostra a caccia gran cavaleatore e ginetto, ed uccisv cervi, cignali ed altre fiere infinite...»—Miccio [Vid. cit., pág. 11] también lo dice «peritissimo nell'esercizio del cavalcare, del giostrare e in ogni altro esercizio conveniente ad un completo cavaliere.»

y—como nos asegura Filonico Alicarnasseeo—«favorecía la comunicación amorosa de sus secuaces». Por esto el poeta y su señor debían entendérselas a las mil maravillas; y el mismo Filonico nos dice que él y Garcilaso «se solazaban con frecuentes charlas agradables y amorosas»<sup>1</sup>.

Los años que el poeta pasó en Nápoles fueron de los más alegres de su vida; junto a un señor espléndido, con un cargo honorífico, en una corte donde alternaban los juegos y los torneos con fiestas y reuniones de damas de la alta sociedad, se deslizaban alegres los días, y le sonreía la tranquilidad de la vida, si bien muchas veces interrumpida por misiones que se le confiaban por el Virrey o por sus deberes de soldado. No nos sería difícil detallar las damas nobles entre las cuales vivió, y que formaban parte de la sociedad del Virreinato, si nos valiéramos de aquellos poemitas, sacados poco ha del olvido<sup>2</sup>, que contienen las acostumbradas listas encomiásticas de las damas, muchas veces sin poesía, pero importantes como documentos históricos, porque nos colocan en medio de la vida y costumbres de aquella sociedad entregada, como en ninguna otra, a las diversiones caballerescas y amiga del fausto señoril. En aquella sociedad, que alcanzó su mayor esplendor durante la permanencia de Carlos V, Garcilaso era favorecido de un modo especial y bien visto por las damas, por los gentiles-hombres y por los personajes de mayor categoría. Y ¿cómo podía ser de otra manera, si poeta y soldado, no obstante su edad juvenil, felizmente hermanaba los atractivos del ingenio y de la cultura, con el valor y el entusiasmo militar, el encanto de su persona con la gravedad de la vida?

He aquí cómo le cantó Tansillo<sup>3</sup>.

Spirto gentil, che con la cetra al collo,  
La spada al fianco ognor, la penna in mano,  
Per sentier gite, che non pur l'ispano  
Ma 'l latin piè fra noi raro segnollo.

Felice voi, che or Marte ed or Apollo  
Or Mercurio seguendo, fuor del piano  
V'andate a por del volgo sì lontano,  
Che man d'invidia non vi può dar crollo,

<sup>1</sup> FILONICO ALICARNASSEEIO ms. cit., c. 229.

<sup>2</sup> CECI CROCE. *Lodi di dame napoletane del secolo XVI dall' «Amor prigionero» di Mario di Leo, con notlie ed estratti di altri poemetti sincroni di simile argomento.*—Nápoles, 1894.

<sup>3</sup> *Poesie liriche*, edic. FIORENTINO, pág. 64.

Tutte le chiuse vie sasose ed erte,  
Che vanno al tempio vo' il morir spregia,  
Spianate innanzi a voi sono ed aperte.

E, perchè vadan per la strada egregia  
Vostre virù d'abito altier coerto,  
Bellezza ed onestà le adorna e fregia.

Garcilaso fué también uno de los cortejadores y admiradores de Doña María de Cardona, Marquesa de Padula, a quien rindió homenaje en el son. XXIV:

Ilustre honor del nombre de Cardona,  
Décima moradora del Parnaso,  
A Tansilo, a Minturno, al culto Taso  
Sujeto noble de inmortal corona...

EUGENIO MELE

Nápoles, 1917.

(Continuará).

## Frente a la vida

(EN MEMORIA DE MI PADRE)

Cumplió su deber y herido  
en el combate, su altiva  
frente inclinó silencioso  
y, casi sin agonía,  
cayó muerto el general  
en jefe de la familia.  
Hubo un momento de angustia;  
la tropa que le seguía  
viendo al capitán caído,  
con la tristeza infinita  
de los intensos dolores,  
y ahogando sus alegrías  
humedeció con sus lágrimas  
la cabeza encanecida  
del luchador veterano  
de alma noble y dura fibra.

Con él nunca el desaliento  
llegó a cundir en las filas;  
era el patriarca, el jefe  
y todos le obedecían.  
Y él, afable y bondadoso,  
prodigando sus caricias  
a los pobres soldaditos  
que sus lágrimas en risas  
trocaban, cuando el abuelo  
su mano les ofrecía,  
disimulaba en la marcha  
el cansancio y la fatiga  
dispuesto, ante sus soldados,  
a dar por ellos la vida.  
Muerto el general en jefe  
quedé al frente de las filas  
y guardándome en el alma  
las tristezas que sentía  
y a veces disimulando  
el llanto con la sonrisa,  
para defender la tropa  
haciendo frente a la vida,  
entré en batalla con mando  
de jefe de la familia.  
Sé que la carga es pesada;  
sé que hay balas enemigas  
que a traición, algunas veces,  
causan mortales heridas,  
pero el deber me lo ordena,  
pues si el dolor me domina,  
y manifiesto en la lucha  
desaliento o cobardía...  
¡qué va a ser de mis soldados  
si no defienden su vida!

JOSÉ RODAO.



# DE CLUNIA A INTERCACIA según el itinerario de Antonino

(CONTINUACIÓN)

## VII.—TELA <sup>1</sup>

Aún más que a Pintia se ha hecho viajar a Tela, y si en la primera el desacuerdo no está en los autores antiguos y sí en los modernos, en Tela la confusión empieza en aquéllos y continúa en éstos.

En Tela de Tolomeo, escrito a veces Gela por la semejanza en los textos antiguos de las letras iniciales, ven algunos el plural de Tellum, el sinónimo del Acontia griego de Estrabón y del hebreo Silach; y, relacionándolo todo con los dardos o armas arrojadas, deducen ser Tor-de-Silach o Tordesillas su equivalente correspondencia geográfica.

No debía creerse en esta procedencia ni etimología en el siglo XV, ni en los anteriores, por cuanto todos los textos la mencionan como este trozo que copiamos de la crónica del Condestable. «El cual en Oter de Sillas estaba aposentado en la casa de otro su mal criado según que sus fechos dieron de ello testimonio, el cual se llamaba Alfonso González de Oter de Sillas, era su criado e su contador mayor. La cual casa era asaz fuerte y había en ella una bien alta torre»... (sin relación, por supuesto, con el Silach).

Otros suponían que es Autillo del Pino, Medina de Rioseco, Villalón, etc., y hasta los cronicones apócrifos del siglo XVII pretenden que Santoyo fué una de las primitivas Sedes episcopales llamada Tela, fundada por San Eutiquio, discípulo del Apostol S. Juan, y que el nombre de Santoyo le viene del fundador.

Saavedra la coloca «cerca de Gatón a *orillas del Sequillo*», pues seguramente tan distinguido autor en estas materias tuvo presente que según los antiguos poseía un punte sobre un río, que Estrabón supone ser el Duero y otros no mencionan.

Resumiendo, pues, lo referido acerca de Tela por los autores antiguos, encontramos: Sus coordenadas geográficas, su distancia a Pintia, que está al lado de un río, que tenía un puente

<sup>1</sup> Gela Ἰέλλα Vaccaeor. Ptol. II 6,49 Tela II. p. 440,3 Gela Rav. p. 318,17.

sobre él y que en su etimología se ve algo de torre y fortaleza de dardos o acaso mejor altura fortificada.

Y dando a cada uno de estos datos el valor relativo que les corresponde, vamos a entrar en nuestro camino como se entra en tabla numérica a buscar una cifra que necesitamos.

En la margen derecha del Arlanza, primer río importante que hemos de atravesar y a poca distancia del miliario citado, se encuentra un despoblado cuyas ruinas se conocen en el país con el nombre de «La ciudad de Talamanca», siendo su distancia a Pincia la que el Itinerario señala.

Puesta en olvido por los geógrafos más modernos, sólo en Coello hemos visto su nombre unido al del puente, aguas abajo de Tordómar (Mapa de la provincia Burgos), textualmente denominado allí puente de Talamanca.

Hay, sin embargo, otros detalles de la existencia de esta ciudad y el de haber en ella un Monasterio de Valeria o Valeranicense que pasó a ser después S. Pedro de Berlangas (Valeránicas) en término de Tordómar.

El Conde García Fernández le favoreció en 975 (Archivo catedral de Burgos, Vol. 71 folio 122) y Alfonso VIII en 1198 le hizo donación notable (Vol. 34 folio 126 citado archivo).

En el siglo XVII, según Argai, no quedaba piedra sobre piedra (Pobl.<sup>on</sup> Ecl.<sup>a</sup> T. II pág. 621) pues lo enajenó a Gómez Carrillo hácia 1419 el célebre obispo de Burgos Pablo de Santamaría (Arch. de Burgos, V. 41 fol. 84 parte 2.<sup>a</sup>).

Dicho monasterio fué escuela notable de caligrafía en el siglo X y se conservan originales de él en la Biblioteca Nacional, en S. Isidoro de León y en Sevilla.

En los siglos XI y XII fué origen de frecuentes competencias entre los obispos de Burgos y Osma sobre límites de sus diócesis respectivas.

En la Biblioteca de S. Isidoro de León se conservan algunos documentos relativos a este asunto, y en el Archivo de la Catedral de Burgos, existe una concordia celebrada entre el Obispo de Burgos Martín y el Abad de Valbuena (Vol. 36 fol. 135). En ella se ve que Talamanca estaba entre Tordómar y Torrepadre. Este Talamanca se ha confundido con el otro de la provincia de Madrid, con Salamanca y Talavera en muchas ocasiones; así, en las conquistas de Ordoño II de León, se dice que llegó a Salamanca ó Talavera y después a San Esteban de Gormaz, interpretando sin duda de este modo un Talamanca ó Taramanca que no tiene aplicación visible. («Taramanca civitatem proelio cepit,» Cronicón de S. Millán).

Es de creer que los leoneses, avanzando a lo largo de nuestra vía, llegaron primero a Talamanca y luego a San Esteban; al paso que los castellanos no tomarían aquella hasta entrar en su jurisdicción o bajando por la vía de los berones, y por eso sus victorias son en Arlanza, Clunia, Roa, San Esteban, Calatañazor, etc., y «el voto de Santiago» (sin discutir su parte esencial) señala en el Pisuerga el límite de ambos reinos, pues hasta allí se extendía la autoridad de Ramiro.

Como estas victorias no eran siempre definitivas, originaban un movimiento de vaivén y como consecuencia la destrucción y reedificación que a menudo se encuentran en nuestros cronicones; era una frontera *movible* cuya línea general fué el Duero, y el Extrema-Duri llegaba a los pelendones, pudiendo ostentar hoy su capital moderna un escudo cuya leyenda es «Soria pura cabeza de Extremadura».

Por eso, sin duda, este valle próximo a Talamanca debió estar coronado de defensas y se denomina Valle de las Torres y, sin negar que alguno de los nombres se deriva de Oter, se llaman sus pueblos *Torre de Omar*, *Torrepadre*, *Torremoronta* y al Norte del primero existe un Mahamud de innegable procedencia.

Resumiendo, pues, lo dicho, las ruinas de Talamanca pertenecen a un pueblo que reúne las condiciones siguientes para asimilarla a Tela: está próxima al trazado y al miliario, coincide su distancia a Pintia, tiene próximos un río y un puente y está en un valle de fortalezas.

Cumple, pues, todas las condiciones propuestas, y sería de desear que algunas excavaciones bien dirigidas ayudaran a confirmar su situación, y agregando sus hallazgos a la teja romana que allí se encuentra, harían indiscutible la semejanza de sus nombres.

### VIII.—INTERCACIA <sup>1</sup>

Esta mansión, como las anteriores, se ha reducido a diferentes poblaciones actuales: entre ellas figuran con preferencia Villanueva del Campo, Medina de Rioseco, Villalón, Villagarcía de Campos (supuesta aféresis de Villa Intercacia) y otras que

<sup>1</sup> Intercacia Vaccaeor. Ἰντερκατία Pol. XXXIV 9,13 Strabon III 4,15 Ptol. II 6,49 Appian. Hisp. 53, 54.

Intercatia Liv. epit. 48 Val. Max III 2,6 Aurel. Vict. 58 It. p. 440,2 Rav. p. 313,3. Hübner C. I. L. 2786, 4235, 5763, 6093.

Intercatienses. Plin. III 26.

Intercatia Astur. Ptol. II 6,31 castellum Intercatia Brambach n. 478.

Intercatia Hübner Hermes vol. V. pág. 371-378. Hübner Ephem. Epígraf I, n. 141 pág. 45-47.

no nos entretenemos en recordar ni en rebatir, pues la multitud de sus equivalencias es suficiente para demostrar su inexactitud.

Era natural que así sucediese, pues siendo difícil guiarse desde Astúrica a Clunia, y perdida la ruta desde Clunia en sentido contrario, solamente por casualidad podía volverse a recaer en el camino. Quizás nosotros cometamos el error de desviarnos (no sería imposible) por una vía transversal hasta hoy ignorada; pero, si esto ocurre, algo habríamos adelantado en el Itinerario 27, por lo menos hasta la bifurcación de nuestro extravío.

El de Intercacia parece tanto más inverosímil cuanto que esta ciudad puede afirmarse que está, con uno u otro motivo, mencionada en todos los autores antiguos como la más, o una de las más célebres, de los váceos; citándola Plinio, Polibio, Estrabon, Tolomeo, Apiano Alejandrino, Valerio Máximo, Aurelio Víctor, el Itinerario, el Ravenate y no sabemos si algún otro.

Existen además inscripciones relativas a ella y de alguna tendremos que ocuparnos.

Pues, a pesar de todo, no está definida la situación de Intercacia ni determinada su correspondencia.

Siguiendo nuestro procedimiento, vamos a reunir cuantos datos podamos, resumiéndolos y aplicándolos luego a la repetida vía que pasaba por Intercacia.

Esta, como Bargiacis, estaba lo más al N entre los pueblos váceos, a los que ambas pertenecían; estaba amurallada; parte de sus muros caían próximos a una masa de agua, laguna, río o encharcamiento de éste y además existía cerca una vega más o menos dilatada.

Lo de su latitud es fácil de probar examinando las coordenadas de Tolomeo, el sitio en que la nombran el Itinerario y el Ravenate y la siguiente inscripción que copia el ilustre Flórez y nosotros de él, y en la que nos permitimos suponer nada más como probable que el matrimonio a que se refiere se verificaría entre personas naturales de pueblos próximos, que acaso por ello se conocieron:

5 PAETINIAE. PA  
 TERNAE. PATERN  
 FIL. AMOCENSI. CLVNIENS  
 EX. GENTE, CANTABRO  
 FLAMINIO. P. H. C. L. AN  
 TONIVS. MODESTVS  
 INTERCAT. EX. GENTE  
 VACCAEOR. VXORI. PI  
 ENTISS, CONSEN. P. H. C. ST.

«Esta señora *Flaminica de la provincia de la España citerior* fué natural de Amoca, pueblo de la Cantabria perteneciente al convento de Clunia, pero no mencionado por los geógrafos a causa de lo escasos y desafectos que procedieron en referir lugares de los cántabros, como arriba dijimos. Por lo mismo no es posible descubrir dónde estuvo, mientras alguna piedra literata o escritura particular no individualice la situación, mas aunque hay alguna variedad sobre la voz AMOCENSI, no dudo aplicarla a nombre de lugar por ser aquel el sitio de la patria, del mismo modo que en el juliobrigense citado; y en la misma conformidad ofrece una y otra inscripción *ex gente cantabrorum*, denotando no sólo que el lugar pertenecía a Cantabria, sino que la persona nació allí, no por casualidad, sino por alcuña y descendencia propia de familias cantábricas; al modo que esta presente memoria dice del marido de Petinia que era *intercaciense de la gente váccea*.

Intercacia era pueblo de los vácceos, patria del marido. Así pues, el *Amocensi* denota la patria de la mujer y el *cluniensi* el convento de Clunia a que pertenecía la Cantabria. El padre se llamó *Paterno*, la hija Petinia Paterna. Casó con L. Antonio Modesto, natural de Intercacia, ciudad de los vácceos; y hallándose bien afecto a la memoria de su mujer Petinia, sacó licencia de la provincia tarraconense (cuya Flaminica había sido) para levantarla en la capital esta memoria con estatua». (Florez «La Cantabria»).

Leyendo en los autores antiguos las guerras de Lúculo, se observa que éste desde su entrada en España, caminó en general hacia el NO, subiendo hasta Intercacia, y después de ajustada la paz en ella, fué bajando por Palancia a la Lusitania y Andalucía, y de las ciudades que mencionan es Intercacia la de mayor latitud; al mismo tiempo Tito Livio dice que hallando aquél pacificados los celtíberos, hizo la guerra a los vacceos y llegó hasta los cántabros, siendo preciso para concordar estas afirmaciones que Intercacia estuviese tan próxima a dichos últimos pueblos que resulte verdadero el texto de T. Livio.

Más que como prueba de las restantes condiciones, como curiosidad, trasladamos parte de un manuscrito del que atentamente nos facilitó copia el digno Jefe del Archivo de Simancas, Sr. Montero.

«Con estas victorias de Escipión tomaron armas los romanos y probaron otros combates; empero los de Intercacia los fatigaban mucho, porque unos ciudadanos que habían salido a recoger bastimentos y otros que en una refriega pasada no



podieron volver a la ciudad, porque al atajarlos la entrada los enemigos, los vecinos tuvieron que cerrar las puertas, se retiraron todos a un cerro muy alto que estaba cerca, sobre la ciudad, donde de día se defendían, y, a las noches, bajaban a dar asalto sobre el cerro de los romanos con gran alarido arrojando sus dardos sobre las tiendas en que dormían y los descomponían y maltrataban; y muchas veces, con este favor salían de la ciudad a les ayudar, por donde con el mucho daño, les hacían velar toda la noche vestidas las armas; y con la falta que había de los mantenimientos, que sólo comían trigo y cebada cocida y la caza sin sal y mal cocida, y con el sereno de la noche y el trabajo grande, vinieron a enfermar de cámaras y murieron muchos de los romanos. Y el cónsul, viendo que para tomarlos por hambre se había de dilatar el cerco y no lo podía sustentar, determinó de probar la postrer fortuna y comenzó a levantar sus pertrechos y baluartes que sujetaron al muro y comenzó a dar el combate y derribó muchos pedazos del muro y por la parte que caía hacia el agua arremetieron la mayor parte para entrar; y Escipión Emiliano fué el primero que con gran peligro subió encima de la batería sobre el muro que estaba desportillado, que los autores de aquel tiempo celebran y engrandecen el arrojo con que duró mucho tiempo encima de aquel peligro, porque los que estaban dentro acudieron allí con mayor fuerza y a muchos de los que subieron derribaron sobre el agua que llegaba al muro y por su onda se ahogaban en ella, y viendo el estrago, se hubieron de retirar por fuerza y no pudieron entrarla y el Consul dió esta vez a Escipión por tan gran hazaña el honor de la corona mural.

Done tambien a vista de la ciudad una vega y campo llano adonde un caballero salía con un caballo a desafiar uno por uno a los romanos y con el salió al desafío Escipión el romano y venció en esta demanda».

(«Antigüedad y sucesos memorables sucedidos en este M. N. L. y antigua villa de Simancas, MS. de D. Manuel Bachiller del Pozo, año de 1580, trasladado por dicho señor en 1755»).

Lo más curioso de este manuscrito, es que traduciendo a Apiano y a Floro y tomando de ellos todos los datos, se los aplica a Simancas y describe con relativa minuciosidad el sitio del asalto, de la caída del río, del fuerte donde se retiraron etc.

MANUEL DIEZ SANJURJO

Ingeniero de Caminos

(Continuará).



## ANTE UN CUADRO DE SALAVERRÍA

## San Ignacio y sus hijos

Elías Salaverría, el pintor áspero, intérprete—en otra posición que los Zubiaurre—del alma vasca, compuso para el salón de retratos de hombres ilustres de la Diputación Guipuzcoana, un cuadro donde reviven la carne y el espíritu de aquel hidalgo de Azpeitia, fundador de la Compañía de Jesús, que se llamó Iñigo de Loyola. Físicamente, el retrato concuerda con este otro que trazara la pluma de Pedro de Rivadeneira: «Estatura mediana, o por mejor decir, algo pequeña, y bajo de cuerpo; tenía el rostro autorizado, la frente ancha y desarrugada, los ojos hundidos, encogidos los párpados y arrugados por las muchas lágrimas que continuamente derramaba, las orejas medianas, la nariz alta y combada, el color vivo y templado, y con la calva de muy venerable aspecto... Su vestido fué siempre pobre y sin curiosidad...»

La figura que ha pintado Salaverría tiene una enorme vida interior. Toda la férrea armazón espiritual de aquel soldado sacerdote, la audacia de su empresa, su fuerza indomable de vasco, están concentradas en esa cabeza, firmemente construída, y en esas manos rugosas, que adivinamos apercebidas para más que cruzarse sobre el pecho. Pero hay además en el fondo un reflejo del paisaje interno. Nada podría rimar mejor con lo que ahora vemos y lo que sabíamos del protosjesuita, como las montañas del último término, la niebla que las vela, la luz lívida que las envuelve, y el austero campo extendido a sus pies. Recuérdase una página maestra de Azorín: «Las montañas, de un verde oscuro, cierran el horizonte... Arriba en las cumbres, un pedazo de peña azulina, brillante, aparece... Allá en el fondo, sobre el verdor de las montañas, una enorme masa grisácea, trepada por diminutos cuadros de sombra. Es el Monasterio de Loyola. En los días del invierno vasco, cuando el horizonte se enfosque y la lluvia caiga perenne, toda esa mole de sillares grises se tornará negra, tenebrosa...»

Uno y otro paisaje, el de Azorín y el de Salaverría, completan con su austeridad y su adustez el yermo místico de San Ignacio. En Loyola están las raíces de esa Orden omnipotente y singular. Iñigo es un éuskaro, y su Fundación es el alma misma de un hombre tan representativo de su tierra y de su raza.

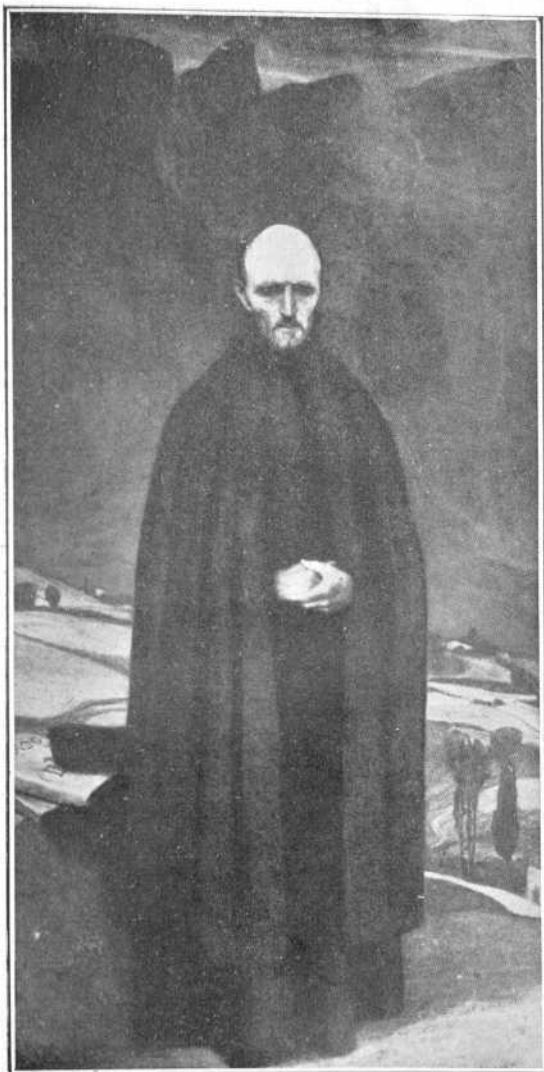
Ninguna zona española presenta características más substantivas y conservadas que las de Vasconia. Descontando diferencias ideológicas y temperamentales, hay una vinculación consanguínea entre Pío Baroja, Ignacio Zuloaga y Miguel de Unamuno. A través de los siglos, son hermanos Iñigo de Loyola y Eugenio Aviraneta. El vasco es un hombre de acción, y una de sus floraciones dinámicas la guerra carlista, esa gesta de violencia y de sectarismo. Así la mística de San Ignacio es un ejercicio militante. Mozo de armas otro tiempo, su cojera

ulterior, su divorcio de la pasada cortesana, desde que halló que no podía «traer una bota muy justa y muy pulida», y se dió a los libros de devoción, no le impiden asociar los viejos hábitos militares a las prácticas del amor divino. Vivió en el apogeo de la España heroica, cuando la inquietud española se descargaba por esos dos reóforos, uno religioso y otro laico, la mística y la picaresca, que completan el carácter aventurero del genio nacional. Nuestro misticismo es a un tiempo contemplativo y activo. Teresa de Jesús compagina sus éxtasis con el trato de alarifes y caseros, para levantar las Fundaciones de las Hermanas Descalzas, apañando acá unos dineros y acullá un ladrillo; Juan de Avila, su hermano en Dios, anda de un punto a otro los caminos de Andalucía; Iñigo de Loyola provee avisadamente a la Orden, y lanza a sus mesnadas por la ruta de los conquistadores. La historia de la Compañía de Jesús es accidentada. El cuadrilífero A. M. D. G. se dibuja en el Viejo Continente y en las tierras nuevas, pasea por la India y el Japón, por Roma y por París, sellando tan pronto avisos espirituales como papeles de negocios públicos.

San Ignacio es un Cristo a la gineta. En él se dan la fe y la aventura, como en un caballero andante. Tiene el ascetismo y el heroísmo de Parsifal. Antes de emprender su camino apostólico, impresionado por los libros de pasatiempo de la época, practica el rito preliminar de la Tabla redonda, velando sus armas ante la Virgen de Montserrat.

Todo esto es el cuadro de Salaverría. Una interpretación de lo étnico, de lo psicológico, de lo racial que hay en el fundador de la Compañía de Jesús. En el fundador y en una parte de su obra. Hoy, la Casa solar de Loyola es reflejo de la Orden. Por fuera, la contextura áspera del dueño; pero dentro la transformación del tiempo, en la decoración y en el espíritu. Lo minucioso, lo femenino, lo pintarrajeado, hacen olvidar la fiera vasca y el misticismo guerrero, el impulso y la austeridad.

Lo que en los jesuitas hay de representativo para nosotros, es, no ya aquel temperamento rectilíneo, sino otro blando, acomodaticio y sinuoso. No es la fuerza, es la astucia. En vez del desprecio de las riquezas, el apropiamiento a la burguesía. Se olvidan las palabras de la Bula de Julio III—«...y todo esto ha de hacer graciosamente, sin esperar ninguna humana paga ni salario por su trabajo»—, ante los honorarios de sus aristocráticos colegios y su participación en pingües finanzas. Impopulares son su religión y su arte. El pueblo español profesa más atormentadamente que ninguno los misterios cristianos. Nuestra plástica es torturada. Los Crucificados de los viejos templos, lamentables, sangrientos, trágicos, son algo tan castizo como Torquemada y el Escorial. Y a este pueblo, que va a los toros ya que no a los autos de fe, se le aísla de los desarraigados, de los *parvenus*, con una liturgia de teatro. La Compañía de Jesús ha ejercido nefasta influencia en la arquitectura y la decoración religiosas. La tradición de las viejas catedrales se interrumpe con estas iglesias iluminadas *a giorno*, perfumadas, como salas de espectáculos. El estilo jesuita



**SAN IGNACIO DE LOYOLA**  
Cuadro de ELÍAS SALAVERRÍA



significa en la historia del arte la decadencia. Es el barroquismo, el churriguerismo, y últimamente la frialdad del gótico metálico. Y sobre los altares bonitos, de donde huyó la fe, reemplazando a los ascetas rígidos, hechos de antiguas raíces, de Berruguete y de Ribera, el empaque femenino, dulzón, las barbitas recortadas y rizadas a tenacilla, del ídolo-símbolo de la Compañía, que pretende reinar en España: el Corazón de Jesús.

FERNANDO DE'LAPI.

## Anales de la Escena Española

1751

**Marzo.**—En el convento de la Encarnación, de Málaga, en los días de Carnaval se verificaron comedias, en obsequio de la Abadesa.

**12 de Junio.**—Una Junta de Ministros dirimió la contienda suscitada entre la villa de Madrid y los Hospitales sobre el aprovechamiento de las comedias. En ella reconoció que los Hospitales segufan con la propiedad de los Corrales, pero que no debía alterarse la práctica mientras se abonasen los 54.000 ducados.

1751

Se imprimió en Madrid la comedia *La razón contra la moda*, de D. Ignacio Luzán. Es una traducción en verso de la de monsieur Nivelles de la Chaussée, titulada *Le préjugé à la mode*. La dedicó Luzán a la Marquesa de Sarriá, que reunía en su casa la *Academia del Buen gusto*.

.....

Fué jubilado en su cátedra, el poeta dramático Dr. Diego Torres de Villarroel. Estuvo en Francia desterrado por acusarle injustamente de complicidad en unas heridas que causó su amigo D. Juan de Salazar.

.....

Don Ramiro Crapso y Fonseca, imprimió en Salamanca su *Triunfo Sagrado de la Comedia*, en que, a ejemplo del P. Gaspar Díaz, sostuvo que era ilícita, impugnando al Trinitario Guerra, que siguió la opinión contraria al aprobar la de D. Pedro Calderón.

.....



Actuaron este año en la casa de comedias de Zamora, las compañías unidas de Vicente Cartón y Francisco Luque, una de danzas valencianas y otra de volatines.

## 1752

**13 Mayo.**—Se concedió licencia a la compañía de Antonio Blanco, para representar comedias en Antequera.

**17 Septiembre.**—El Real Consejo acordó no tuviese efecto el voto hecho por la ciudad de Málaga, respecto a no admitir comediantes en ella, por cuanto dicho voto se hizo con perjuicio de tercero, o sea del Hospital de San Juan de Dios y de los Censos que éste abonaba.

## 1752

Representó en Madrid la actriz malagueña Joaquina Moro, aunque papeles inferiores.

.....

Publicó D. Juan de Trigueros, con el anagrama de D. Saturnino de Iguren, la tragedia *Británica*, traducción en prosa de Racine.

.....

Volvió a representar comedias en Zamora la compañía de Manuel Mascarós, preferida de aquel público.

.....

Fueron suspendidas las comedias con motivo de la sequía que se padeció en España.

## 1753

**15 Enero.**—El Sr. D. Juan de Lerín y Bracamonte, Juez por Delegación de las Compañías de cómicas del Reino de Granada, atendiendo las razones alegadas por el autor de Compañías, Antonio Vilches, ordenó al Corregidor de Vélez revocara el auto en que prohibió a Vilches y a sus cómicos representar en aquella ciudad.

**18 Enero.**—El Corregidor de Vélez acató el mandato del Subdelegado Conservador de las Compañías de Cómicos del Reino, D. Juan de Lerín y Bracamonte, para que se permitiese representar a Antonio de Vilches y su Compañía, indemnizándole los perjuicios que hubiese tenido.



**6 Febrero.**—El Juez Particular y privativo de las Compañías de Comedia, D. Juan de Lerín, escribió al Obispo Sr. Eulate, al objeto de manifestarle estar dispuesto a prohibir las comedias en la diócesis de Málaga, si en este deseo insistía el señor Eulate.

**7 Febrero.**—Se celebró una función dramática en el Colegio de San Pablo de Granada, en honor del Arzobispo D. Onésimo Salamanca, para la cual escribió una *Loa* el P. Gabriel Ruiz.

**26 Febrero.**—Ante el Vicario de Vélez compareció el Barba Lorenzo del Castillo y manifestó no se había ido de Vélez, por estar enemistado por cuestión de entradas con el primer galán, Pedro Carral y no querer hallarlo en el camino.

**Noviembre.**—Se dictaron oportunas disposiciones, relativas a la policía de teatros, por el rey Fernando VI.

**5 Diciembre.**—Cuando marchaba al Convento de Cuenca, en el camino, cerca de Huelves, murió el poeta dramático Fray Juan de la Concepción. Fué primero fraile carmelita descalzo y después obtuvo breve para ingresar en la Orden de la Merced.

## 1753

Se publicó el discurso segundo, sobre las *Tragedias Españolas*, por D. Agustín de Montiano y Luyando, al que seguía la tragedia *Athaulpho*.

Con motivo de la sequía padecida en España, se volvieron a suspender las representaciones de comedias.

## 1754

**2 Mayo.**—Nació en Valencia el compositor Vicente Martín.

**19 Mayo.**—Falleció en Madrid, el poeta D. Ignacio de Luzán, que escribió las comedias *La razón contra la moda* y *La virtud coronada* y la ópera *La clemencia de Tito*.

**20 Noviembre.**—Benedicto XIV expidió una Bula en favor de la Congregación de N. S. de la Novena, organizada y dirigida por los comediantes españoles.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

(Concluirá).

## El luto de las Cortes de 1598 por la muerte de Felipe II

LEYENDO las actas de las Cortes se encuentran noticias interesantes, y por creer son dignos de conocerse, extractamos los acuerdos que con motivo de la muerte de Felipe II tomaron las Cortes que estaban reunidas en Madrid el año 1598, para el luto que habían de guardar por el fallecimiento de aquel monarca.

Las Cortes acordaron que en señal de luto vistiesen los procuradores, secretarios y diputados con loras y ropillas largas y caperuzas y capirotos, trayéndoles por encima de la cabeza todo el tiempo que los llevare el Consejo Real.

Para este ropaje se dió a cada uno doce varas de buen paño veinticuatro de Segovia, y además, veinte varas de bayeta, también segoviana, de a quince reales vara, para vestir a sus criados de ropillas y herreruelos largos y sombreros y dos varas de paño veintidoceno ordinario para las guarniciones de los caballos.

Costaron los lutos siete mil ducados, ampliándose el reparto de paños para ellos, al Receptor, Solicitador, Contador, letrados, médicos y capellán de las Cortes y también a seis porteros de ellos, al de la Diputación y al Presidente, acordándose también como manifestación de luto, descolgar los guadamaciles que adornaban las paredes de la sala de sesiones y cambiar por negros los paños verdes de bancos y bufetes.

Los paños los compró por encargo de un comisionado de las Cortes, el Regidor de Segovia D. Lope de Sosa, y no teniendo el Reino dinero para pagarlos, se tomaron a censo cuatro mil ducados que prestó Andrés Serrano de Tapia, Regidor de Segovia, según consta en la escritura que autorizó Francisco de Avila, escribano de número de la ciudad.

De este modo guardaron luto las Cortes de Madrid por la muerte de aquel gran soberano que nació en Valladolid el año 1547 y falleció en El Escorial el 1598, después de un reinado glorioso, durante el cual realizó la unión ibérica e influyó en los destinos de todos los pueblos de aquel entonces.

GABRIEL MARÍA VERGARA

## La vida teatral

Es hoy, día de martes Santo, cuando de hecho se da en Madrid, y decir Madrid en este particular es decir toda España, por terminada la «temporada oficial».

Aunque siguen abiertos aún todos los teatros, y hacen su presentación nuevas compañías en algunos de ellos, y se han de estrenar todavía obras de los autores de mayor renombre, la costumbre, que es ley en muchos casos por la borreguil condición de las gentes, considera de segunda categoría la temporada que los teatros inauguran el sábado de Gloria, cuando las campanas voltean alegres, y en las almas florecen las esperanzas, y la Naturaleza resucita con nueva exuberante vida.

Por artes de sortilegio, todo, en la iniciación de esta segunda etapa teatral, nos parece también nuevo. Los artistas, antiguos conocidos nuestros, hasta las obras viejas y hasta los teatros mismos, amables y versallescós. Un espíritu de indulgencia nos empuja, y los mismos caníbales que en Apolo dieron recientemente a los Quinteros un disgusto sin precedentes suelen moderarse en la manifestación de su barbarie primitiva.

La maga Primavera, sentimental como Colombina, tierna como Flérida amorosa y prometedora, derrama sobre los corazones la fecunda luz de las ilusiones, que hacen más bellas las mujeres, más amable el vivir, más gustoso el pecado.

\*\*\*

Pero ha terminado, vuelvo a decir, la «temporada oficial» ¿De ella qué es lo que se recuerda? ¿Qué es lo que ha de perdurar? Un pesimismo amargo y desconcertante responde a estas preguntas aterradoras.

Se ha escrito mucho, se ha estrenado mucho, desde luego bastante más que otros años, porque en éste ha habido que espolear la curiosidad del público con novedades frecuentes, y al cabo de ocho meses es muy poco lo que la memoria recuerda.

En el género lírico los éxitos de *El asombro de Damasco*, de *El señor Pandolfo* y de *La Embajadora* no han tenido continuación. Si se quiere recordar otro triunfo, quizás de más felices resultados para las empresas que los citados, hay que ir a un teatro popular, al de Novedades, donde una zarzuela de costumbres aragonesas que es en todo un acierto, *La Chicharra*, lleva camino de hacerse dos veces centenaria.

Realmente es inexplicable esto que sucede. Afirmar que en España no existen músicos sería un disparate análogo al de considerar a Jacinto Benavente «como un valor negativo» en la literatura dramática española.

Por el contrario el número de nuestros músicos triunfantes aumen-

ta de día en día, y ya es José Luis Lloret el que vence sin regateos en los admirables conciertos matinales del Gran Teatro, o Julio Gómez el que del rincón burocrático del Archivo del Conservatorio o de la Biblioteca del Círculo de Bellas Artes salta a las cimas de la celebridad en un único concierto de la Orquesta Filarmónica. Y quedan ahí, ya consagrados, Turina, Falla, Esplá, Arregui, Viña, Villar, y otros cuantos jóvenes de mérito.

¿A qué, pues, se debe este desmayo del arte lírico nacional que sólo alguna vez vuelve a sus pasadas glorias con Vives, con Luna o con Serrano?

Indudablemente uno de los diversos motivos es la estulticia de la mayoría de los literatos, o cosa parecida, que se dedican al oficio de autores.

En manos de tales gentes el porvenir del arte lírico nacional es pleito perdido. Milagro y grande es que los músicos no naufraguen también en este mar de la imbecilidad.

\*\*\*

Los teatros donde se cultiva el drama o la comedia han hecho una temporada más honrosa, sin serlo tampoco mucho, para el arte y más fructífera para las empresas.

El de la Princesa, que empezó con el éxito feliz de la adaptación de *Marianela*, ha terminado con el estreno de la obra prometida y tan deseada de don Jacinto Benavente. Ha sido, pues, en este respecto la de Margarita Xirgú una temporada de las que enaltecen de veras.

Benavente ha obtenido con su última obra un éxito excelente, aunque no ha llegado a los términos que se esperaba y anticipadamente se aseguraba por sus admiradores incondicionales. El público, que tiene para el insigne comediógrafo todas sus devociones con absoluta justicia, ha expresado esta vez su juicio bien claramente. A pesar de los elogios de la crítica, con alguna excepción más que imbécil, pedante, el teatro de la Princesa estaba poco más de mediado en la tercera representación de *El mal que nos hacen*.

Esta es una comedia psicológica, en la que el maestro, como en *Sacrificios* o en *La propia estimación* y en algunas obras más, hace un estudio de almas y en ellas penetra hasta lo más hondo. Benavente, abstraído en esta labor de buceamiento en lo más recóndito de los instintos y de los sentimientos, no recuerda a veces de que predica para las muchedumbres, y éstas, heridas por sus propios dolores, se olvidan a ratos de los del prójimo.

El «caso» de Germán interesa porque es humano, porque en él se reflejan el desengaño, el amor y el recelo de otras muchas almas atormentadas por la duda. Como el de Valentina, otro «caso» de sacrificio, reproduce también la amargura de numerosas vidas hechas pedazos.

Margarita Xirgú, actriz de probados entusiasmos, ha tenido en *El mal que nos hacen* la confirmación definitiva y rotunda de los méritos que en ciertos instantes asomaron vigorosos en *Marianela*. Margarita

Xirgú es indudablemente, una gran actriz. Disciplinado, encerrado en cauces fijos su arte, hoy esparcido por distintos campos, la actriz catalana tiene un porvenir de gloria. Para hacer esta afirmación no basta verla en una temporada efímera, ni a través de los periódicos que, a los que de ellos se fían, suelen llevar al ridículo, ni a merced de un dogmatismo pedante.

Se han estrenado además en las postrimerías de la temporada otras tres obras muy estimables: *La alcaldesa de Hontanares*, *Los Caminos de Roma* y *Amor que vence al amor*. Son las dos primeras de ambiente castellano, más fielmente reflejado en la obra de Rincón y Montesinos que en la de Avecilla y Merino, que a pesar de su condición de vallisoletanos no andan muy acertados en la copia de los tipos, ni en la reproducción del léxico de los hombres castellanos. Cierta es también que escritores que nunca han salido de Castilla, cuando alguna vez, desde su despacho o desde la redacción o el casino, han pretendido recordar el alma que alienta en las llanuras anchas, sólo han cometido verdaderas, espantosas herejías.

No puede, por tanto, censurárselos a Manuel Merino y a Ceferino Avecilla, porque los disculpa el deseo noble de crearse un nombre ilustre en el teatro. Desaparecidas estas prisas de ahora, Avecilla y Merino harán, cuando se lo propongan, la obra nuestra, la «obra castellana» que todos anhelamos. Tienen ambos talento y bríos para poder hacer esta afirmación sin temor al desengaño.

*Amor que vence al amor* es un drama que nos devuelve en ocasiones a la época del romanticismo. La pasión y la hipérbole, envueltas en el ropaje áureo del estro vigoroso y bello, hace florecer momentáneamente en los corazones viejos retoños. El sacerdote don Antonio Rey Soto es un gran poeta. Puede ser también un gran dramaturgo.

Lara, la Comedia, Eslava, no han ofrecido nada interesante en estos tres primeros meses del año. El género de la bufonada y del chisté en libertad después del triunfo de *El verdugo de Sevilla*, que casi borró el recuerdo de *El orgullo de Albacete*, han entrado en vías de desventura. En Lara el público trató con saña despiadada a *La locura de Madrid*, que en punto a retruécanos y a escenas era, como sus autores se habían anticipado a anunciar, la locura. En la Comedia *El último Bravo*, aunque hizo reír a algunos señoritos «bien», no dió dos pesetas.

No quiero decir con esto que el género «astrakán» haya fracasado. Estoy seguro de lo contrario, y celebro que así suceda. Yo no me recato en decir que en ciertos momentos de mi espíritu, rendido a la fatiga de una labor constante y sin regocijo, he acudido con agrado y gratitud a distraerme con esas grotescas bufonadas que tienen en Simó Raso y en Bonafé sus intérpretes más insignes. No, nos pongamos serios. La vida es ya demasiado dura y penosa para que cuando nos deparan ocasiones de reír las rechacemos sólo por hacernos «los interesantes».

LUIS SALADO.



## Registro bibliográfico

Se ha publicado el tomo VI y último de la magnífica edición del *Quijote*, dispuesta y anotada por Rodríguez Marín.

Es esta una obra que excusa todo elogio. Propios y extraños saben ya que el director ilustre de la Biblioteca Nacional, en quien se herman el más delicado espíritu poético y la más sólida erudición, es el maestro de los cervantistas contemporáneos, conocedor como nadie de la obra inmortal.

Esta edición del *Quijote* es uno de esos monumentos que perdurarán a través de los siglos, como ilustración admirable de las admirables páginas cervantinas.

\*\*\*

**Versi e lettere di Emilio Ricci di Torremaggiore, caduto in guerra il 27 Agosto 1915.**—Una víctima más de esta guerra funesta y despiadada, que bastaría por sí sola para hacer dudar del progreso humano. Emilio Ricci, joven de 24 años, poeta inspiradísimo, laureado en Medicina por la Universidad de Nápoles, fué llamado a las armas en Mayo de 1915: poco después, en 27 de Agosto, cafa bajo las armas enemigas.

La madre del desdichado poeta, rindiendo a su memoria piadoso homenaje, ha publicado los versos póstumos, seguidos de varias cartas. Entre éstas figuran algunas escritas en castellano. El infortunado Ricci, cuya cultura era ya muy extensa, manejaba nuestro idioma con suficiente soltura para mantener en él correspondencia.

## Libros recibidos

DE LOS CUALES SE HABLARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS

Eduardo de Huidobro: *Menéndez Pelayo como cervantista*. (Santander, 1917).

Fitzmaurice Kelly: *Cervantes and Shakespeare* (Londres, 1917).

Carlos de Passos: *Navegação portuguesa dos séculos XVI e XVII*. (Coimbra, 1917).

Andrés González Blanco: *Escritores representativos de América*. (Madrid, 1917).

A. Torre Ruiz: *Poemas*. (Valladolid, 1917).

Francisco de Cossío: *En el limpio solar*. (Valladolid, 1917).

León Martín Granizo: *Portugal*. (Madrid, 1917).